

Notas

LA U.P.B. Y EL CENTENARIO DE MONSEÑOR SALAZAR Y HERRERA

EL CONSEJO DIRECTIVO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

Considerando:

Que el día 27 de julio del presente año se conmemora el primer centenario del nacimiento del Excelentísimo Señor Tiberio de Jesús Salazar y Herrera, Arzobispo fundador de nuestra Universidad.

Que Monseñor Salazar ha sido llamado, con justo reconocimiento a su labor pastoral y educativa, "El Arzobispo de la Educación Cristiana", por las fundaciones de establecimientos educativos que, como Párroco efectuó en La Ceja y Sonsón; como Obispo de Manizales, en varias parroquias de su diócesis, y como Arzobispo de Medellín, por la fundación de la Normal Antioqueña de Señoritas, y la Universidad Católica, hace 35 años, hoy Universidad Pontificia Bolivariana.

Que en el Decreto de fundación de la Universidad Católica Bolivariana, admirablemente redactado, en sus seis considerandos dejó expresadas las razones, causas y objetivos de la fundación de una Universidad Católica en Antioquia.

Que la parte resolutive del mismo descretó en cuatro artículos la constitución canónica, la denominación y jerarquización de la misma, a la vez que nombró las dos comisiones fundamentales para su firme establecimiento: la de Estatutos y Reglamentos y la de Finanzas.

Que fue él quien nombró al primer Rector de la Universidad, Monseñor Manuel José Sierra, y, a la muerte de éste, al actual Rector, Monseñor Félix Henao Botero, quien atiende las funciones rectorales desde el 4 de marzo de 1941, nombramientos cuyos aciertos los están proclamando los éxitos obtenidos por la Bolivariana a través de sus 35 años de existencia.

Resuelve:

1º Asociarse a los homenajes con los que la Arquidiócesis de Medellín, el 21 de julio próximo en la Basílica Metropolitana, conmemorará la fausta fecha centenaria, haciéndose presente con una delegación.

2º Hacerse representar, igualmente, en los homenajes que la población de Granada, su cuna natal, celebrará en los días 7 y 8 de agosto de 1971.

Notas

3º Efectuar actos especiales en su honor durante la Semana Universitaria, el próximo mes de septiembre.

4º Adquirir para la Biblioteca de la Universidad varios ejemplares de la Biografía del Excelentísimo Señor Salazar y Herrera.

5º Copia de la presente Resolución será enviada al Excelentísimo Señor Arzobispo de Medellín, al de Manizales, a la Parroquia de Granada, a sus familiares y a la prensa.

Dada en Medellín a los 21 días del mes de julio de 1971.

El Presidente, *Antonio Osorio Isaza*.

El Secretario, *Diego Velásquez Noreña*.

LA ARQUIDIOCESIS DE MEDELLIN Y EL CENTENARIO DE MONSEÑOR SALAZAR Y HERRERA

TULIO BOTERO SALAZAR
POR GRACIA DE DIOS Y VOLUNTAD DE LA SEDE APOSTOLICA
ARZOBISPO DE MEDELLIN

Considerando:

a) Que el próximo 27 de julio se cumplen cien años del nacimiento, en la Parroquia de Granada, entonces de la jurisdicción de la Arquidiócesis de Medellín, del Excmo. Señor Tiberio de J. Salazar y Herrera, Arzobispo de esta sede.

b) Que el Excmo. Señor Arzobispo Salazar y Herrera fue uno de los varones que le han dado configuración a la historia de Antioquia y de manera especial a la de esta sede arzobispal, por su fecunda acción de orden espiritual, pastoral y educativa.

c) Que el Excmo. Señor Salazar fue Obispo de Manizales, y en esa ciudad y en la diócesis toda, dejó recuerdos imborrables por lo fecundo de su apostolado, por sus grandes realizaciones, entre las cuales se cuenta la hermosa catedral de esa ciudad, y el palacio episcopal, y sobre todo por su bondadoso pastoreo de la grey.

d) Que su vida toda constituyó una ofrenda constante al servicio de sus fieles, realizando de manera admirable el lema de su escudo: "Hecho todo para todos".

e) Que en la ciudad de Medellín, en tiempos de difícil transformación en el orden político y en el orden social, fundó canónicamente la *Universidad Pontificia Bolivariana*, y la *Escuela Normal de Señoritas*, que son dos obras que inmortalizan su nombre, en donde han recibido formación cristiana y educación patriótica, varias generaciones que están influyendo ahora, de manera sustancial, en la vida de la **Patria**.

Notas

f) Que la *Escuela Normal Antioqueña de Señoritas* fue idea de su fecundo apostolado, en el orden pastoral, que hizo de ella centro de adoctrinamiento de la mujer antioqueña, para prepararla con el fin de que influyera en la educación de las gentes; y que esa Escuela ha sido centro fecundo de formación integral femenina, que constituye honor de la educación, prez de la raza, alegría de la juventud en el encuentro de su vocación a la verdad y al bien. Que en el lema del escudo de la misma Escuela hizo grabar, como un mandato y como un derrotero, las palabras: *Virtud y Ciencia*; que en el primero de esos postulados afirmó la formación integral de la persona, con fundamento en los principios cristianos de la educación; y en el segundo, indicó la necesidad de la cultura, como medio sustancial del servicio, en el orden social.

g) Que la *Universidad Pontificia Bolivariana* ha correspondido a los postulados del Prelado, con su fecundo laborar en la formación de las gentes directivas de un pueblo católico; que ha sido desde su fundación antorcha de la raza para orientarla por caminos de rectitud; campo abierto para todas las investigaciones de carácter humano, en relación con la ciencia, para atender a las necesidades del progreso contemporáneo, “para cumplir la misión del pueblo de Dios, para promover el diálogo entre la Iglesia y la sociedad humana, en beneficio de ambas”, “para crear un ambiente escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad”.

h) Que en dicha Universidad aspiró el Arzobispo fundador a crear la conciencia cristiana de la cultura, humanizándola en tal forma, que fuera ella como el centro en donde se aunaran todas las ambiciones de progreso de su pueblo; que la Universidad ha sido fiel a esos postulados y ha conservado, no sólo la memoria sagrada de su fundador, sino el espíritu que le insufló con su voluntad de servir, por este medio extraordinario, los fines proféticos de la Iglesia.

i) Que este acontecimiento histórico debe servirnos para hacer reflexiones sobre nuestra fidelidad a los principios inmanentes de la Iglesia.

Decretamos:

Artículo 1º - El Arzobispo de Medellín celebra con espiritual alegría, la conmemoración del nacimiento de este varón epónimo, que dejó memoria imperecedera en la historia de la Iglesia, en esta provincia afortunada de su jurisdicción.

Artículo 2º - Para conmemorar este acontecimiento, tendrá lugar, en nuestra Basílica Metropolitana, el día 31 de este mes de julio, una *Solemne Misa Concelebrada*, que Nos mismo presidiremos, y después de ella se cantará el *Te Deum*, para agradecer a Dios los beneficios dispensados a su pueblo por intermedio de la acción pastoral del Arzobispo que estamos recordando.

Artículo 3º - A esta celebración asistirán sendas delegaciones de la *Universidad Pontificia Bolivariana*, de la *Escuela Normal Antioqueña de Señoritas* y del Instituto que lleva su nombre, *Liceo Salazar y Herrera*.

Dado en Medellín a 8 de julio de 1971.

‡ *Tulio Botero Salazar*, Arzobispo de Medellín.

P. Luis Alfonso Londoño B., Canciller.

MONSEÑOR TIBERIO DE J. SALAZAR Y HERRERA

Por Fernando Gómez Martínez

Granada, el apacible pueblo antioqueño, fecundo en vocaciones religiosas como lo ha sido toda la región oriental, ha tenido el honor de ser la cuna de dos obispos, sabios ambos, prudentes y virtuosos ambos, los cuales dejaron estela luminosa de su labor.

Uno de ellos fue Monseñor Tiberio de Jesús Salazar y Herrera, a quien estamos rindiendo hoy, con motivo de su centenario, cumplido hace poco, y de las fiestas bolivarianas, este homenaje.

Su nombre llegó a mis oídos desde cuando desempeñaba la cura de almas de Sonsón. De aquella constelación de sacerdotes que educaron los obispos y arzobispos de Medellín, el nombre del párroco de Sonsón, que lo había sido antes de La Ceja, nos era conocido por su labor pastoral en todos los campos de su incumbencia.

De allí lo tomó la Santa Sede, por recomendación de quien era su pastor, el gran Arzobispo Cayzedo, para hacerlo segundo obispo de Manizales, en donde acababa de terminar su misión en la tierra el primer obispo nacido en Granada y el primero que ocupó la sede manizalita, Ilustrísimo Señor Gregorio Nacianceno Hoyos.

Correspondióle después llenar un encargo que sin duda lastimó su corazón: recibir de manos de Monseñor Cayzedo, su protector, ya anciano, la administración de nuestra arquidiócesis, que el gran arzobispo creía poder estar sirviendo aún con eficacia y quien en la deprecación que pronunció con motivo del Congreso Eucarístico de Medellín dijo algo que expresaba, si no me equivoco, la amargura que le había causado el verse retirado del servicio.

Por cierto que no venía de Manizales Monseñor Salazar con arrestos de joven. Había cumplido a la sazón 62 años, y los trabajos, los problemas y las penas lo tenían quebrantado.

Y sin embargo, su administración se distinguió por su dinamismo pastoral y sobre todo por sus creaciones en el campo educativo. Cuanto hizo en Sonsón como párroco, lo hizo más en grande en Medellín: la predicación prudente, el fomento de las asociaciones piadosas, la vigilancia de la educación, la catequesis y la promoción de grandes obras materiales al servicio de Dios. El pueblo —dice quien escribió breve semblanza suya— “tenía en él su guía, consejero, alentador, promotor, padre, amigo, maestro, compañero y jefe”.

Pero de cuanto hizo Monseñor Salazar —que no es posible estudiar sino en una extensa biografía— yo he de hacer resaltar como pertinente para este homenaje y esta hora dos realizaciones: la fundación de la Escuela Normal de Señoritas y la de la Universidad Católica Bolivariana, ahora Pontificia. Ellas, y lo que hizo en el ramo como cura de La Ceja y Sonsón y obispo de Manizales le merecieron el título de “Arzobispo de la Educación Cristiana”.

La Normal se creó cuando la educación femenina sufría una desviación que amenazaba romper aquella tradición que había hecho de las maestras de Antioquia y de las madres lo que ellas vaciaron después en sus alumnas y en sus hijas. Desviación, digo, que fortunosamente se corrigió volviendo a tomar la educación oficial el rumbo seguro y recto.

En cuanto a la fundación de la Universidad, nuestra Universidad, debo decir, tuvo también en su gestación una motivación semejante. Quiso el Arzobispo

Notas

formar un núcleo universitario donde la filosofía cristiana tuviera su imperio, y donde el patriotismo, la investigación y la ciencia siguieran dos faros: el que encendió Bolívar con su espada y con su genio para la gloria de Colombia, y el que prendió Jesús en la colina del Cavario. El poeta lo dijo:

“Nuestra marcha señalan dos brújulas
siempre puestas en norte de luz;
una tiene de aguja una espada
y es imán de la otra una cruz”.

Qué obra ésta, magnífica. Y cómo crece y fructifica. Ella misma proclama la visión futurista de lo que había de ser una universidad católica para un mundo convulsionado por la prédica del racionalismo sobre el Evangelio, del culto a la técnica sobre la filosofía humanística, de la economía sin calor de caridad y de la revolución encendida por el odio. Una Universidad de cuya fundación profetizaba Monseñor González Arbeláez en mensaje al Señor Salazar, que sería “baluarte de las buenas ideas, refugio de la verdad y asilo del patrimonio moral y cívico de Antioquia”.

Y no podía ser de otra manera puesto que Monseñor Salazar tuvo el acierto, de nombrar como primer rector a aquel extraordinario maestro y gran ejecutivo que se llamó Manuel José Sierra, y a la muerte de éste, a Monseñor Félix Henao Botero, de idéntica virtud, de idéntica visión, de igual dinamismo, quien ha llevado la Universidad a la cumbre de prestigio en donde hoy se encuentra.

Varias veces ha hablado en nombre de la Universidad, y siempre me había abstenido de mencionar este nombre, aunque lo había sugerido, por cumplir la enseñanza evangélica de no alabar a los vivos. Hoy he creído que tengo derecho a separarme del mandato para cumplir otro superior para estos momentos: el de dar a Dios lo que es de Dios y al Padre Félix lo que le pertenece.

Este bronce que trata de hacer perdurar la efígie veneranda del Arzobispo Salazar y Herrera, sirva a las generaciones bolivarianas para que, día tras día, le rindan el homenaje que se merece quien en su escudo escribió estas palabras que son las del que se da entero por sus semejantes: “Todo para todos”.

DEL ARZOBISPO DE MEDELLÍN A MONSEÑOR FELIX HENAO BOTERO

Medellín, Marzo 10 de 1971

Ilustrísimo Monseñor
FELIX HENAO BOTERO
Rector Magnífico de la U. P. B.
La Ciudad.

Mi querido Monseñor:

He estado meditando en estos días en que S. S. cumple treinta años de difícil tarea, en beneficio de la Iglesia Católica y en cumplimiento leal de sus compromisos sacerdotales, al frente de la Rectoría de nuestra Universidad Pontificia Bolivariana, en las graves responsabilidades que tenemos todos los que por

Notas

designios inescrutables de Dios hemos sido llamados a dirigir su Iglesia, a orientar los pasos de los fieles creyentes por las amorosas pisadas de Cristo, en ascensión hacia el Padre.

Anota sabiamente el Vaticano II que la "naturaleza intelectual de la persona humana, se perfecciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, la cual atrae con suavidad la mente del hombre a la búsqueda y al amor de la verdad y del bien". "Imbuído por ella, el hombre se alza por medio de lo visible hacia lo invisible" (Concilio V, II - Dignidad de la persona humana, 14).

S. S. lo comprendió así cuando, atraído desde su juventud por la vocación irresistible de educador, orientó su sacerdocio hacia la enseñanza, para buscar y conseguir la perfección de la naturaleza intelectual del hombre por medio de la sabiduría; y a sabiendas de que por medio de ella el hombre alcanza con mayor precisión de concepto y mayor claridad intelectual, el conocimiento de Dios y a través de ese conocimiento lo ama, y por cuanto lo conoce y lo ama, le sirve y tiene con El la más íntima unión.

Y entendió S. S. desde entonces que el único medio para alcanzar esa perfección humana por la sabiduría, era la escuela católica, la cátedra doctrinante, el aula universitaria. Y se entregó a ella: El Señor que le ha sido pródigo y fiel en todo ese inmenso empeño, le deparó la época para que ese medio surgiera entre nosotros: y un día sopló sobre la inquietud del medio social su espíritu y nació la Universidad Pontificia Bolivariana. Otro Ministro de las obras del Señor, el inolvidable Monseñor Manuel José Sierra, colocó sus fundamentos y los broqueló con principios inmanentes; y cuando en breve plazo lo llamó Dios hacia Sí, impuso, hoy hace treinta años, sobre su responsabilidad, el mandato de llevar hacia arriba la Universidad para el beneficio de la formación cristiana de la juventud, con miras al servicio social.

En ello se anticipó S. S. al mandato del Concilio Vaticano II, que dijo: "La Iglesia atiende igualmente con sumo cuidado las escuelas de grado superior, sobre todo las universidades y las facultades. Más aún, en las que dependen de ella, tiende de forma organizada a que cada disciplina se cultive según sus propios principios, sus propios métodos y la propia libertad de investigación científica, de manera que cada día sea más profunda la comprensión que de ella se alcance y a que, teniendo en cuenta con todo cuidado las investigaciones más recientes del progreso contemporáneo, se vea con mayor profundidad cómo la fe y la razón tienden a la misma verdad, siguiendo las enseñanzas de los doctores de la Iglesia, sobre todo de Santo Tomás de Aquino. De esta forma lógrese una como presencia pública, estable y universal del pensamiento cristiano en todo el afán por promover la cultura superior, y los alumnos de estos Institutos fórmense como hombres de auténtico prestigio por su doctrina preparados para desempeñar las funciones más importantes en la sociedad y testigos de la fe en el mundo" (Vat. II - Educación cristiana de la juventud. 10).

Uno de los logros más acertados de la Universidad Bolivariana en el tiempo de rectorado de S. S. es el Instituto de Teología al que con justa razón en una de mis comunicaciones al Consejo Directivo de la Universidad he llamado "promisoria realidad merecedora de todo encomio" y he calificado de "laudable acierto con que la U.P.B. ha sabido responder siempre a los signos de los tiempos en el campo de la docencia universitaria" (1º Sep. 1970).

Desde hace treinta años la Universidad Pontificia Bolivariana puesta bajo su rectoría, ha tenido una integridad de fe y una lealtad a la jerarquía, que son ejemplares. Por ello ha podido desde ese tiempo, realizar el programa que ha rea-

Notas

lizado, conforme a las normas del Sagrado Concilio. Una buena parte de sus profesionales son una proyección de la doctrina de la Iglesia en relación con la cultura, son la presencia pública, estable y universal del pensamiento cristiano y son hombres de auténtico prestigio por su doctrina, preparados para desempeñar las funciones más importantes en la sociedad, para dar testimonio de la fe en el mundo: Y ellos a su turno, llevan el sello de la docencia suya, de su afán formador a través de todos los organismos universitarios.

Con motivo de la celebración del primer Centenario de la Diócesis de Medellín, el Papa Paulo VI llama a nuestra Universidad, "gloriosa realización de la Iglesia" en este medio, en documento que S. S. conoce y que nos trajo evidente consuelo y alegría. Pues si el Sumo Pontífice, el Padre común de la cristiandad, así lo reconoció, el Arzobispo ahora no sólo corrobora sus palabras, sino que, con motivo de estas celebraciones, exalta su grandiosa realidad frente al progreso contemporáneo.

En la Universidad Pontificia Bolivariana palpita su actividad personal, su entrega total a este servicio trascendental, uno de los más grandes de los servicios que se le pueden prestar a la Comunidad cristiana, que está en deuda con S. S. y que, como es de público conocimiento, le está ornando ya con la preseña de los hombres que en Antioquia han servido los más altos intereses de la Iglesia y de la Patria.

Reciba hoy las congratulaciones cordiales de su Prelado y amigo,

‡ *Tulio Botero Salazar, Arzobispo de Medellín.*

LA U.P.B. Y MONSEÑOR JAVIER NARANJO VILLEGAS

EL CONSEJO DIRECTIVO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

Considerando:

- a) Que el Pbro. Doctor Javier Naranjo Villegas ha sido nombrado por Su Santidad, obispo titular de Santa Marta.
- b) Que el Excelentísimo Señor Obispo electo fue padre espiritual de nuestra Universidad, y más tarde, Vice-Decano de su Facultad de Derecho, carrera que cursó con gran brillo, no obstante las delicadas ocupaciones de su cargo.
- c) Que como profesor y estudiante se distinguió por su consagración admirable, don de gentes, sentido del trabajo y una lealtad perenne al espíritu de la Universidad.
- d) Que como sacerdote, como compañero y amigo ha sido un estímulo y un ejemplo para todo el Claustro bolivariano.

Resuelve:

1º Felicitar muy cordialmente al nuevo Pastor, cuyas virtudes y calidades sacerdotales, son garantía para el pastoreo espiritual de su ilustre sede.

Notas

2º Asistir en Corporación a su Consagración e invitar a profesores y estudiantes de la Universidad, lo mismo que a sus numerosos compañeros de docencia y a los discípulos que se formaron con sus enseñanzas durante varios lustros.

3º Entregar esta resolución, en nota de estilo, al Excelentísimo Señor Prelado electo, por el Consejo Directivo en Corporación.

El Presidente, *Monseñor Félix Henao Botero.*

El Secretario, *Leonardo Uribe Correa.*

MONSEÑOR JAVIER NARANJO VILLEGAS

Por Jesús Mejía Escobar, Pbro.

El 11 de enero de 1919, llegó a este mundo, en la ciudad de Abejorral y en el hogar formado por Don Marcial Naranjo y Doña Soledad Villegas, él eximio pedagogo de larga trayectoria y ella dama de reconocidas virtudes cristianas.

Ambos supieron formar para Dios y para la patria, hijos tan ilustres como el Presbítero Juan Bautista y los renombrados Doctores Abel, Rafael, Jesús y Alfredo y prestantes mujeres, honra de la sociedad.

Cursados sus primeros años en el suelo que le vió nacer, vino al Seminario de Medellín y —pasadas con todo éxito las pruebas, formado espiritual e intelectualmente— llegó al presbiterado el 14 de marzo de 1942, pocos días después de la muerte del Señor Arzobispo Salazar y Herrera, quien había autorizado al Señor Miguel Angel Builes, para hacer sacerdotes al seminarista Javier y a Jaime Serna Gómez; ceremonia que se cumplió en la catedral metropolitana de esta arquidiócesis.

La Pontificia Javeriana le concedió las borlas en cánones y vino en calidad de cooperador a Copacabana; más adelante pasó a la Universidad Pontificia Bolivariana y por 20 años ejerció ahí su sagrado ministerio como padre espiritual, profesor, secretario y vice-decano de la Facultad de Derecho y al mismo tiempo fue su alumno, hasta llegar a obtener el título de Doctor en Derecho Civil. No es para ponderar su obra en este centro del saber, así como en el profesorado en otros planteles.

El 1º de abril de 1967 fue nombrado cura de la parroquia de San Antonio de Prado, en donde trabajó con celo y constancia ejemplares, hasta el punto de ser postulado con ansias para rector del Seminario, cargo que no aceptó.

En el mes de abril de 1969 fue trasladado al de secretario ejecutivo del Sínodo en preparación y capellán del colegio Marymount; más adelante su celo aceptó, igualmente, la dirección espiritual del Colegio Santa Inés.

El 4 de junio de 1971, el Papa Paulo VI, conocedor de las múltiples cualidades que adornan a Monseñor Javier Naranjo, lo preconizó para obispo de Santa Marta, a fin de llenar con él, dignamente, la vacante que dejó en esa sede episcopal, con su renuncia, Monseñor Norberto Forero García.

Adornan al nuevo prelado —que el 29 de junio recibió su ordenación episcopal de manos del Señor Nuncio, Monseñor Angelo Palmas— auténticas cuali-

Notas

dades humanas, como exquisito trato social, amabilidad congénita, talento especulativo y práctico, el anhelo constante de servicio a sus semejantes, igualdad de carácter, temperamento moderado y otras más y también positivas virtudes cristianas y sacerdotales, como la humildad, la caridad, la pureza de costumbres, el desprendimiento de los bienes terrenos, el amor al trabajo, el estudio, el celo por las almas, etc., que ha cultivado perennemente y dan la certeza de que este prelado será, con el auxilio de la gracia, notable entre los obispos colombianos.

Es ya el cuarto obispo que obsequia Abejorral a la Santa Iglesia.

Que Dios le ilumine y asista en su labor episcopal.

LA U.P.B. Y EL CENTENARIO DE JULIO E. BOTERO

EL CONSEJO DIRECTIVO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

Considerando:

Que se ha conmemorado el centenario del nacimiento del benemérito Doctor Julio E. Botero Mejía.

Que como repúblico, como patriota, como parlamentario y como jurisconsulto dejó una gran trayectoria de repercusión nacional.

Que como profesor universitario tuvo un extraordinario dón en la transmisión pedagógica en varias cátedras jurídicas de nuestra Universidad, cuyo recuerdo permanece en todos los alumnos de varios lustros.

Que sus hijos, los Doctores Luis Santiago y Jorge Botero Ospina han ayudado extraordinariamente a la Universidad, como profesor de matemáticas, el primero, y en la Junta Económica desde su fundación, el segundo, con interés y dedicación ejemplares.

Resuelve:

1º Resaltar los méritos de tan ilustre hombre público, jurisconsulto eminente y pedagogo insigne en la exposición jurídica como ejemplo para las actuales generaciones universitarias.

2º Comunicar a su familia que se ha celebrado por su alma cristiana el Santo Sacrificio de la Misa.

3º Entregar en nota de estilo esta Resolución a sus familiares.

El Presidente, *Monseñor Félix Henao Botero.*

El Secretario, *Leonardo Uribe Correa.*

DOCTOR JULIO E. BOTERO

Por Juan Botero Restrepo, Pbro.

Antioquia celebró solemnemente el centenario del nacimiento de este distinguido ciudadano, gloria positiva de Sonsón y de Colombia.

Fueron sus padres Don Luis María Botero, hombre público muy ilustre en su tiempo, y Doña Clotilde Mejía, hija esta del esclarecido patricio Don Silverio Mejía.

Sus primeros estudios realizólos al lado de los insignes maestros Doctor José Joaquín Jaramillo y Don Joaquín Antonio Uribe, en su tierra natal y concluyólos en la Universidad de Antioquia, donde obtuvo el título de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas, el 4 de junio de 1894, con una admirable tesis sobre tratados públicos.

Su fulgurante carrera política y administrativa la inició cuando solamente contaba veintidós años de edad, al ser designado personero municipal de Medellín, sin que hubiera terminado aún sus estudios de Derecho. Al terminar éstos fue designado Prefecto de la muy extensa Provincia del Centro y de allí pasó a desempeñar el Juzgado Superior, con jurisdicción en todo el Departamento de Antioquia grande, o sea incluyendo el antiguo Caldas.

Como parlamentario realizó su carrera completa, desde el Concejo de Medellín y la Asamblea de Antioquia, hasta la Cámara de Representantes y el Senado de la república, entidades estas de todas las cuales fue elegido presidente. Para el Congreso le fue otorgado una curul en diferentes períodos.

En la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia dictó con lujo de competencia las cátedras de Derecho Minero y Mercantil, y de Legislación Fiscal. Posteriormente fue designado miembro del Consejo Directivo de la Universidad de Antioquia, en representación de la Facultad de Derecho y de ella fue Decano en varios períodos, por sucesiva reelección. Al serle ofrecida la Rectoría de la Universidad declinó el honor, debido a sus múltiples compromisos particulares. En los años de 1909 y 1910 ocupó la presidencia de la Sociedad Antioqueña de Jurisprudencia.

Igualmente, fue profesor de Economía en la Escuela Nacional de Minas y miembro del consejo directivo de la misma, por elección del gobierno nacional.

Al fundarse la Universidad Pontificia Bolivariana se vinculó a ella desde el principio y regentó varias cátedras; de ella fue designado profesor emérito.

Su carrera bancaria la inició en 1896 en la casa "Luis María Botero e Hijos", de la cual fue socio. Posteriormente fue designado miembro de la Junta del Banco de Colombia, y desempeñó este mismo puesto en varias sociedades anónimas de la capital de la Montaña, entre ellas en la Cámara de Comercio de Medellín.

En varias ocasiones le fueron ofrecidas secretarías de la administración departamental, pero se vio forzado a rechazarlas. Solamente en una ocasión aceptó la cartera de gobierno seccional.

Elegido presidente de la república el Señor Suárez, le ofreció sucesivamente los ministerios de Obras Públicas y Relaciones Exteriores, posiciones que el Doctor Botero declinó. En cambio aceptó la Gobernación de Antioquia, en abril de 1920 y al frente de ella permaneció hasta junio de 1921. En Medellín contrajo matrimonio con la distinguida matrona Doña Manuela Ospina, nieta del eximio

Notas

patricio Don Mariano Ospina Rodríguez, y de este matrimonio tuvo varios hijos, que han sabido mantener muy en alto el nombre de su ilustre progenitor.

Los últimos años de su vida los dedicó a los negocios de su propia firma, la que supo colocar en lugar muy distinguido entre el comercio y la sociedad de Medellín.

Su muerte tuvo lugar en esta misma ciudad el 22 de noviembre de 1949, y la prensa se encargó de exaltar su memoria.

LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL

Por Monseñor Tulio Botero Salazar

En Concilio Vaticano II, en el decreto "Inter Mirifica" sobre los medios de comunicación social, estableció que se celebrara en todas las diócesis del orbe, cada año, la jornada de los medios de comunicación social, como "día en el que se enseñe a los fieles las obligaciones que tienen en esta materia, se les invite a orar por esta causa y a colaborar con sus limosnas para este fin" (Inter Mirifica N° 18).

La Comisión Pontificia de los Medios de Comunicación Social, en carta del 18 de enero del presente año a los obispos, ha dicho que se fija el 23 de mayo para esta jornada, con el tema especial de reflexión que enuncia así: "Los medios de comunicación social al servicio de la unidad entre los hombres".

A fin de colaborar en esta jornada y de hacer que los fieles tengan en ella ocasión de poder seguir la mente del Concilio y responder a las urgentes necesidades de nuestra época, nos ha parecido conveniente enviaros el presente mensaje pastoral sobre un tema tan importante.

Desde el gran aislamiento en que vivieron los hombres cuando se fueron dispersando por el mundo, han venido posteriormente a quedar comunicados de una manera admirable, pasando por los sistemas elementales de correos, por la construcción de vías públicas, por las redes de comunicación marítima y aérea, por los medios de comunicarse con la escritura en la imprenta, la prensa, los grabados; por el teléfono, el telégrafo y la radio; por el cine y la televisión.

Los medios de comunicación han influido poderosamente en todos los aspectos de la sociedad, sobre todo en el político, el demográfico, el económico y el cultural. Todo ello ha hecho que estos instrumentos de comunicación hayan sido agentes poderosos de un cambio grande en la sociedad al hacerla pasar, de una sociedad de élites privilegiados en los acontecimientos, a una sociedad de masas que reciben información de una manera constante y universal.

"Como vehículos de formación y de información estos medios ejercen una influencia considerable sobre la vida cotidiana del hombre moderno. Estimulan sus aspiraciones y sus ideales, pero también le revelan sus necesidades, sus derechos y obligaciones y le hacen tomar conciencia de su situación social, política y religiosa. Por otro lado le brindan la posibilidad de acceder más fácilmente a la instrucción, a la educación, a la cultura y aún al goce artístico. Posibilidades de diversión y de distracción, antes reservadas a minorías, hoy compuestas a disposición de las masas" (Comisión Pontificia de los Medios de Comunicación Social, Comunicado del 18-1-71).

Notas

Los medios de comunicación social pueden ser arma de dos filos: O contribuir a la unión entre los hombres o propiciar y ahondar las divisiones y los conflictos entre los mismos.

Activar la vocación de unir y de estrechar los lazos de fraternidad entre los hombres que poseen estos medios; hacer que esta parte positiva llegue a ser una realidad en el mundo; hacer que el poder, dinamismo y difusión de la comunicación masiva esté al servicio de la justicia y de la unión entre los hombres: tales son las metas propuestas para la jornada de los medios de comunicación en el presente año.

Dice el Papa al respecto: "Maravillosos medios de apertura, de contacto, de comunicación, de participación, ciertamente. A condición claro está, de que no se olvide su carácter de medios al servicio de un fin, el único fin digno de este nombre; el servicio del hombre, de todos los hombres" (Mensaje en "L'Osservatore Romano" 10-5-70).

En todos los conglomerados humanos y en todos los lugares hallamos conflictos que los medios de comunicación social pueden remediar, desde los grupos más íntimamente unidos por relaciones constantes en el mundo, hasta la gran familia de la humanidad. Veamos algunos casos.

En la familia de hoy encontramos tensiones, dificultades y desavenencias entre padres e hijos, entre hermanos y entre parientes. Muchas veces los instrumentos de comunicación han contribuido a ahondar estas grietas de desunión entre los miembros de las familias, pero ellos están llamados a ser, positivamente, instrumentos de unión entre los miembros de la familia por la orientación de los jóvenes, por la ilustración a los padres y por la formación de una actitud positiva frente al matrimonio, a la familia y al hogar.

En la religión la desunión del hombre moderno con Dios por la falta de fe o por el abandono de la práctica religiosa, ha sido un producto del materialismo y del ateísmo de este tiempo. A las grandes masas se les ofrece la imagen deformada de un mundo que se basta a sí mismo; se les presenta una forma de vivir aparte de Dios y se las invita para seguir las aspiraciones y los instintos de una sociedad "desacralizada". Es urgente hacer que los medios de comunicación social sirvan para restablecer en muchos y afianzar en otros, los lazos de unión entre el hombre y Dios, mediante la fe.

En el conflicto de generaciones, mal especialmente característico de nuestra época, consistente en las diferencias de opiniones, de actitudes y de formas de vida entre los jóvenes y los mayores, hallamos una oportunidad de servicio por parte de los medios de comunicación social. Una de las tareas de estos medios para contribuir en la solución del conflicto entre jóvenes y mayores, es la difusión de las legítimas aspiraciones de los primeros con entera libertad, pero también la enseñanza del valor de las tradiciones y de las experiencias de los mayores.

En los conflictos internos de los pueblos. Es un hecho que en muchos pueblos de la tierra hay conflictos de grupos, de razas, de lenguas y de culturas diferentes. "Cuánto se puede hacer para poner los medios de comunicación al servicio de esta verdad fundamental: La igualdad absoluta de todos los hombres y el derecho inalienable de toda cultura a su libre y armónico desarrollo en el respeto recíproco de los mutuos derechos y deberes" (Comisión Pontificia de los Medios de Comunicación Social. - Comunicado del 18-1-71).

Notas

En los conflictos de las sociedades urbanas, que se presentan especialmente en nuestra época por causa de los marginados en la vivienda y en el trabajo, y que forman una subcultura indigna de una sociedad cristiana, también pueden tener parte muy importante los medios de comunicación social. Estos medios están llamados a crear en las personas marginadas de que hemos hablado, la conciencia de la superación en su situación por la integración en el ambiente y a darles una justa aspiración a participar en la vida social y cultural de sus hermanos, sin crear en ellos la conciencia de una violencia que agravaría sus males.

En la unión entre los cristianos, de varias confesiones, que debe ser propiciada por los medios de comunicación social. A nadie se oculta el valor y los esfuerzos del movimiento ecuménico posconciliar. Es precisamente la Palabra de Dios, escrita y hablada, la base de la fe entre las confesiones cristianas, porque no es posible la fe sin predicar el mensaje evangélico. Por lo tanto, en este legítimo empeño de la Iglesia católica por aprovechar tantas cosas que unen a los cristianos, se ha tenido como instrumentos imprescindibles y de utilidad admirable a los medios de comunicación social.

En los conflictos bélicos, cuyas causas son difíciles de analizar aquí, la prensa, la radio, el cine y la televisión están llamados para ser instrumentos de paz, allanando las fronteras geográficas y políticas, acercando física y moralmente a los hombres con ideales comunes, diluyendo o esclareciendo los conflictos ideológicos, suprimiendo las tensiones entre los pueblos y propagando los valores positivos de los grupos humanos para unirlos al aprovechar lo bueno que poseen.

En las diferencias que existen en las naciones por el desarrollo. Es cierto que en nuestro tiempo hay un gran motivo de división entre los países llamados "desarrollados" y los que se cuentan en el "tercer mundo". Una manera positiva y eficaz de colaboración para los medios de comunicación social se presenta en este punto, al propiciar la unión y la igualdad entre los hombres, de estas dos clases de naciones. Esta oportunidad se brinda para los instrumentos de comunicación social en la educación, ya que ellos tienen en su poder la inmensa ventaja de lo que hoy se conoce con el nombre de "medios audiovisuales educativos". Con la superación de la ignorancia, los países del "tercer mundo" habrán recorrido un gran trecho del camino para alcanzar su desarrollo integral.

Pedimos encarecidamente a los sacerdotes su colaboración en este asunto tan importante, por razón de las disposiciones del Concilio y por la urgencia que reclaman nuestros tiempos, que utilizan los medios de comunicación social para todo y que por nuestra parte es necesario servirnos de ellos para el mensaje evangélico. Los sacerdotes tienen una oportunidad excelente para ello en la celebración de la palabra y de la Eucaristía.

Encomendamos de una manera muy especial al Instituto de Medios de Comunicación de la Arquidiócesis (IMECSO), la celebración de esta jornada con la preparación de una semana de reflexión, de estudio y de propaganda, a fin de que se logre crear en el pueblo de Dios la mentalidad de utilizar debidamente estos medios de comunicación social de una manera tal que sirvan de lazo de unión fraternal entre los hombres.

Invitamos a los movimientos apostólicos de toda clase, para que se unan a esta jornada y colaboren con las personas dedicadas a ella, de un modo eficaz con

la oración y con el trabajo apostólico. Muy particularmente queremos recomendar este día a los que se ocupan de la enseñanza y la educación.

Las personas que están empeñadas en la difusión de las ideas mediante los instrumentos de comunicación social y que justamente son llamados "comunicadores", tienen un papel primordial en esta empresa. Queremos hacer un llamado a su responsabilidad humana y cristiana, ya que en la sociedad hay tantas situaciones cuya solución depende de ellos, entre los cuales se halla esta preocupación que hoy nos hace reflexionar: La unión entre los hombres propiciada por los medios de comunicación social.

A todo el pueblo de Dios pedimos avivar la conciencia de la importancia de estos medios y utilizarlos de un modo justo y razonable conforme a la enseñanza del Concilio: "Peculiares deberes obligan a todos los destinatarios, lectores, espectadores y oyentes, los cuales, por personal y libre elección, reciben las informaciones difundidas por esos medios... Cuiden los destinatarios, sobre todo los jóvenes, de acostumbrarse a ser moderados y disciplinados en el uso de estos medios; pongan gran empeño en entender a fondo lo oído, visto y leído" (Inter Mirifica, 9. 10).

LA LITERATURA COMO UN COMPROMISO CON LA REALIDAD

Por Jaime Alonso Castillo Ochoa

La importancia de la literatura es en realidad bastante avanzada en nuestra época. No se puede hallar en ningún tiempo como en el actual más necesidad y más énfasis por la presencia del hombre en todas y cada una de las manifestaciones de la existencia.

No se trata de ninguna revelación de humanismos pasados, pues el hombre a medida que transcurre el tiempo y gracias a la ciencia y el progreso, aliados incondicionables de todo movimiento histórico, van colocando al hombre en el pedestal de su grandeza.

Es bien cierto que el genio humano, como afirmaba Thomas Hobbes, a sido puesto para la destrucción, pero la culpa no es suya sino de los sistemas sociales que imperan con fines egoístas y sobre la base del odio. Esta destrucción se lleva lógicamente a todos los campos del obrar humano.

Vivimos un movimiento de transformaciones continuas y de cambio y en menos de veinticuatro horas dejamos atrás lo que se nos antojaba era insustituible.

El cambio también tiene su método. Cambiar no es cambiar por cambiar.

Cambiar es la entrada de un valor que es más rico que el que va a salir.

Si el valor no trae más beneficios no hemos cambiado nada. Cambio es beneficio, lo contrario es destrucción y estanque social.

El miedo nos habla de regresos imposibles e invita a la humanidad a prescindir de su fe en el mañana. Y yo me pregunto: Qué sería el mundo sin la fé?

Los caminos que ascienden hacia la cumbre de la confraternidad de la especie humana, asustan a quienes se encuentran acomodados en sus tronos privilegiados, sostenidos a base de desigualdad, de la injusticia y de la explotación en todas sus formas.

El hombre ha comenzado a desembarazarse de muchas trabas materiales y morales que hasta ayer alegaban legitimidad.

Notas

La nueva civilización que surge sobre un mundo plagado de odios y de tragedias, invita al hombre a liberarse a sí mismo, rompiendo con todo aquello que obstaculiza su marcha hacia el porvenir y acometer cuanto antes la tarea de la edificación.

No podemos permanecer estáticos en este mundo ya que nuestra función es ser los actores de este mundo.

Por qué prescindir del hombre en la labor intelectual?

Por qué negarle el derecho a sentirse dueño de su misión histórica?

Por qué cierto arte y cierta literatura nos presentan un hombre sin alma?

No. El hombre es el gigante de la historia y no está dispuesto a sentir que el mundo sea su cárcel sino su hogar.

El sabe que para ello es necesario acometer cuanto antes la tarea de la edificación y el cambio de estructuras sociales.

Este trabajo es arduo pero al fin tendrá su recompensa. Existen muchos medios de conseguirlo.

Uno de los medios que influyen en el pensamiento del hombre es la literatura y por ello ocupa puesto importante en nuestra sociedad actual.

La literatura, las comunicaciones, lo humanístico tienen una labor muy importante y es la de enseñar a creer en el hombre.

El escritor necesita de aire social para crear una literatura perdurable. De lo contrario sus mensajes poco durarán y pasarán al olvido.

El escritor necesita estar empapado de los problemas de un pueblo para entender así sus problemas y poder de ese modo emitir un juicio, dar una posible solución.

El que se sitúa ante los problemas descubre una realidad que lo lleva a la esencia de las cosas.

El fondo humano de la literatura como arte es la realidad.

El estado de alma de un pueblo es su sentimiento frente a la realidad social.

Por lo que respecta al escritor, éste no hace más que manifestar el sentimiento de ese pueblo.

Todo cuerpo lleva su sombra. Toda sociedad lleva su literatura, su arte.

La literatura debe enfocarse desde un punto de vista social y el escritor debe estar situado ante la realidad de los problemas de un pueblo, y de esta manera puede emitir soluciones acertadas y tener así una literatura de solidaridad, de bien, de fé.

La oportunidad es la que crea los valores dentro de una sociedad. Sin la oportunidad no hay más que una serie de confusiones.

Demos oportunidad a la juventud y veremos el surgimiento de valores.

LA UNIVERSIDAD Y LA INDUSTRIA

Por Mario Beut M.

En estos momentos en que se debaten las necesarias reformas universitarias y educativas, creemos de la mayor conveniencia el que se piense más, o siquiera se tenga en cuenta, la oportunidad y necesidad de mejorar los vínculos entre la Universidad y la Industria, ampliados hasta la empresa privada y la oficial.

Notas

Es innegable la urgencia en nuestro medio de impulsar dichos vínculos, hacerlos más efectivos y fortalecerlos. Lamentablemente, esto parece haberse olvidado o ignorarse ahora que es más oportuno y necesario.

El que la Universidad se proyecte más hacia el temprano contacto y vinculación con la industria y la empresa privada y oficial, preocupándose más por la capacitación práctica, sobre el terreno de sus universitarios, traería grandes ventajas, entre otras:

Aprovechamiento anticipado de la productividad de una gran masa joven del país, (que sería el mayor porcentaje de sus habitantes si la educación universitaria pudiera ampliarse a toda ella), sobre la cual hasta ahora nos damos el lamentable lujo de mantenerla improductiva. Lujo que ni aún los países de gran desarrollo tecnológico se dan, puesto que por lo general tienen legislaciones que aprovechan sus juventudes estudiantiles en servicios sociales o militares obligatorios. Lujo que, al ampliarse la plataforma universitaria como se pretende, sería, a mi pensar, suicida para estos países en que el mayor porcentaje de sus habitantes son gente joven en edad estudiantil, lo cual limita peligrosamente su proporción en capacidad de trabajar y producir.

Mejor capacitación universitaria adquiriendo una visión más práctica y objetiva de su misión, haciéndose más activa y productiva en un medio donde los extremos académicos y científicos no tienen aún ubicación adecuada y oportunidad de aprovechamiento verdadero.

Más pronta y efectiva adaptación de los universitarios egresados.

Otras consecuencias ventajosas de que los universitarios trabajen al mismo tiempo que adelantan sus estudios son las de tomar mayor sentido de responsabilidad, disciplina, respeto e interés por la riqueza que las industrias representan para la nación.

La industria, la empresa privada y las entidades oficiales deben a su vez tener en cuenta a la Universidad como centro y fuente para sus estudios, proyectos e investigaciones, y encargarla con la frecuencia necesaria de dichos trabajos, estimulándola y apoyándola económica y moralmente en beneficio mutuo. Esto ocurre y de ello nos dan ejemplo los países desarrollados donde la Universidad es encargada continuamente de estudios y desarrollos, y, con frecuencia, origen de descubrimientos y adelantos tecnológicos trascendentales gracias a esa confianza y apoyo privado y oficial.

La industria debe hacer más confianza en la Universidad, ocuparla más, aprovechar mejor sus laboratorios y equipos, y, sobre todo, la capacidad y entusiasmo de sus universitarios, canalizando a la vez sus energías hacia la productividad "versus" la destrucción. Esto además contribuye a su afianzamiento económico y por ende a la ampliación y mejora de su capacidad educacional.

Por todo esto, consideramos que es de actualidad y deben tenerse muy en cuenta en la reforma universitaria los factores que contribuyan a mayores y mejores vínculos entre la universidad y la industria, la misma y las empresas privadas y oficiales. Muchos estudios que se acostumbra encargar a entidades extranjeras podrían muy bien ser llevados a feliz término por equipos de universitarios debidamente estimulados y dotados de los instrumentos, documentación, movilización y medios de estudio adecuados.

La industria y las empresas deberían estar comprometidas a dar oportunidades de prácticas remuneradas a los universitarios en los diversos campos de sus

Notas

especialidades y en número acorde con su capital de trabajo, importancia o capacidad económica.

Que se entienda que industrias y empresas necesitan de la Universidad y de sus universitarios y pueden utilizarla y estimularla mejor.

Que se entienda así mismo que la necesidad y servicio son recíprocos, o sea, que son indispensables retribuciones de la universidad hacia la industria, el gobierno y la comunidad.

Que se legisle en esta materia reglamentando la utilización y apoyo que las entidades privadas y oficiales deben dar a las universidades, el servicio que estas deben prestar hacia aquéllas y aún, el que los universitarios una vez graduados deben prestar a su universidad y a la comunidad.

Se contribuirá así, en conjunto con las reformas proyectadas, a que las universidades mejor estructuradas y consolidadas económica y socialmente, mejoren su imagen, sus "relaciones públicas" y sus responsabilidades ante el futuro de la nación.

MIGUEL MARTINEZ, O EL ULTIMO HIDALGO

Por Fernando Gómez Martínez

Enterrar a un amigo de la infancia es resucitar recuerdos. Esos que yacen perdidos en el desván de la memoria, ahora reviven frescos como se grabaron hace muchos años.

Para quienes visitaban ocasionalmente a Santa Fe de Antioquia, la figura de Miguel Martínez era la que retrató el Padre Carlos Mesa en el breve prólogo que escribió para el cuaderno 69 de la colección "Rojo y Negro" de la Universidad Pontificia Bolivariana, en el cual se recogieron algunos estudios de los que con el título de "Este Día" publicó nuestro amigo en "El Colombiano".

Dice el Padre Mesa: "Por la acera, transeúnte único, viene caminando un hidalgo. Es alto, erguido y cenceño. El visitante, cuando lo mira, recuerda a los caballeros que pintaba el Greco; recuerda al Maestro Azorín, orfebre de castellanías deliciosas. Este señor de Santa Fe de Antioquia es Don Miguel Martínez".

Preciosa aguafuerte la hecha por el ilustre escritor. Pero para quienes solemos pasar algunos días en aquella ciudad y transitamos ya entrada la noche por sus oscuras calles, lo que se nos presentaba no era la figura solitaria del hidalgo sino el grupo formado por él y su anciana hermana Tulia. Célibe como fue, y muertos sus padres desde muchos años atrás, toda su vida afectiva centróse en la compañía de su hermana. Un día de este mismo año la enterramos, y todos tuvimos la impresión de que ese entierro era prenuncio de otra muerte que llegaría de inmediato. Miguel nunca podría resistir el golpe y no lo resistió.

Me agradecería poder escribir más adelante una crónica para recordar pasajes de nuestra niñez. Aquellos viajes al Espinal, pasando el Tonusco a pie desnudo, para acompañar por vacaciones al viejo tío sacerdote; nuestro paso por la escuela pública, que dirigía Don Pacho Herrera, maestro inolvidable, y por el Colegio de San Luis; nuestros paseos vespertinos al Llano de Bolívar a encumbrar cometas

Notas

y a sorprender pichones de sinsonte; nuestro trabajo de tipógrafos en las dos imprentas de la ciudad; y sobre todo aquella aventura de meternos a periodistas cuando apenas empezábamos a conocer un libro de literatura. Qué audacia la nuestra! Y sin embargo, con cuánto cariño —en vez de sonrojo— guardo yo el tomo en que quedó encuadrado “El Historiador”, donde defendimos los fueros de la urbe entonces decadente, en aquella época en que los que aparecían por sus soleadas calles se burlaban del acento de nuestra parla, de las viejas casonas, de las ventanas de balaustres, de los claveteados portones con postigos, de los zaguanes con hornacina y de todo esto que, quién lo creyera entonces, atrae ahora el turismo.

“Y todo tan ido, y todo tan lejos” como cantaba nuestro Vives Guerra.

Pero ese Miguel Martínez, cuyos estudios apenas alcanzaron a los primeros años del bachillerato, se hizo erudito en historia. Ese era su “hobby”. Esa, su carrera. En una ciudad sin bibliotecas, la sola lectura de los libros que fueron de sus tíos y de sus amigos, le dio vasta copia de conocimientos, por virtud de la cual pudo sostener por veintiocho años su acreditada columna periodística y gracias a la cual se le hizo académico, fue profesor de la materia, mereció distinciones y pudo concurrir con derecho a congresos de historia.

Facilitábale todo eso una prodigiosa memoria, que era como un fuente a donde íbamos a beber los que necesitábamos algún dato importante. Por eso también presidió el Centro de Historia local que él mismo había fundado y fue personaje necesario en toda actividad intelectual y cívica de su ciudad.

No fue Miguel un político beligerante, pero tuvo claras y firmes sus convicciones. En su sangre, como lo recuerda el Padre Mesa, se cruzaban elementos de las dos ideologías que configuran los dos viejos partidos colombianos. Por lo Martínez y por lo Pardo circulaba en sus venas savia de aquéllos que en el Congreso de 1848 votaron por Cuervo “aunque asesinaran al congreso”; por lo Villa, la de uno de los convencionistas de Rionegro. Contribuyó sin duda a su ubicación política el haberse levantado entre varones de recia raigambre tradicionalista y en una casa donde se le rendía culto a quien por su talento y su ilustración cubrió con su sombra augusta las últimas décadas del siglo pasado y la primera del presente. Hablo, naturalmente, de Don Miguel Antonio Caro.

Su vida transcurrió en aquella decente pobreza en que vivimos todos o casi todos los hijos de la vieja ciudad. Pobreza sin odios y sin envidias, sin rebeldía contra nadie, comiendo el pan dignamente ganado y durmiendo el sueño de la tranquila conciencia.

Estas fueron, en pocas palabras, su vida y su obra.

Llegar a viejo no es solo ver acercarse la muerte. Es algo más triste: ver despoblarse la vida. De muchachos y de hombres tenemos en torno nuestro muchas almas vinculadas a nuestro ser: padres, hermanos, condiscípulos, compañeros, amigos. Pero a medida que van pasando los años vemos enrarecerse el paisaje y hacia el final nos vamos quedando solos. Tremenda soledad de bosque talado, si no se compensara en parte con el brote de nuevos retoños. De quienes fueron mis amigos de la infancia, mis compañeros de colegio, mis condiscípulos en la universidad, quedan bien pocos. Hoy le ha tocado irse a Miguel Martínez. Con su muerte, Santa Fe de Antioquia pierde al último de sus hidalgos.

DISPARATORIOS DE ALBERTO MOSQUERA

Por Gabriel Henao Mejía

Desde Popayán —su solar nativo— vino a Medellín hace lustros. Y hace años regresó allá para morir. Pocos, en verdad, recordamos acá a este señor de las letras.

De su tierra y de su raza heredó los atributos humanos y espirituales que lo señalaban e insularizaban. Andante caballero por la trashumancia de su ingenio, muy sabido en artes y literaturas, y siempre un poeta insigne que no es justo olvidar.

De este otro caballero de la triste figura —que así era su humanidad— dijo Fernando González con certeza:

“Alberto Mosquera tiene poderoso eje cigomático; cara abierta como puerta abierta de par en par; ojos muy separados y orejas muy grandes como tejos, muy buenas para escuchar, muy humanas, pues son bajas y los animales las tienen arriba para oír. Sin tratarlo, con solo mirarlo de frente, sabe uno que esa cabeza claudia en que el pelo en su nacer ocupa hasta la nuca y comienza muy arriba, en la cúspide del dilatado frontal, pertenece a hombre que recibe comunicaciones; que no se formó para espíritu cicatero; que allí demora y padece alguien que fue mucho quién sabe dónde. Conversad con él y sentiréis que efectivamente ese organismo es el de un vate; mira tan de frente, que ya nos parece que vamos a ver la estrella, quiere decir, el espíritu. Y si insistís en conversar, llegaréis a la comunión, cesará el diálogo: es poeta, uno de esos que vivieron ya cerca de la fuente y que quién sabe para qué o por qué fueron enviados a la tierra. Estos hombres así, son receptivos; no se equivocan nunca si obedecen a su intuición y se equivocan siempre cuando analizan. Podríamos decir que son nuncios, que deben transmitir fielmente los recados bellos que no se sabe quién manda”.

“El Libro de los Disparatorios”, su único libro, recoge su poesía. En ella —elaborada con una gran economía de léxico— hay hondura y hay belleza, un buído decir y un denso pensar. Y también un recóndito humorismo, más depurado quizá que el de Luis Carlos López. Y además un soterrado aliento lírico que atrae y conmueve a quien de veras se atreve desapasionadamente por el mundillo esquemático y esquelético de su poesía.

Con ocasión de la nueva aventura del hombre hacia la luna, queremos incluir aquí dos “disparatorios” de Alberto Mosquera con tema selenítico, que son mínimo signo y nota diciente de la poesía del vate payanés, con el ánimo fiel de que quienes lo conocieron revivan su memoria, y quienes lo ignoran reconstruyan su imagen literaria.

DISPARATORIO LUNAR N° 1

La luna,
como una
hoz luminosa,
empuña en la noche
las riendas del coche
del Silencio.
Pienso que es una
resplandeciente
y clara uña
que se quebrara

de un dedo de la Noche
al desgranar estrellas.
Ellas,
en lógica sencilla,
—¡quién creyera!—
ven en la luna
una
hoja amarilla,
recortada por una
hormiga arriera.

Notas

DISPARATORIO LUNAR Nº 2

El genio de la Noche
estaba hambriento:
y una torta amarilla,
como de pan francés
con mantequilla,
en el negro mantel
del firmamento,
desmonotonizaba
su negrura.
El famélico monstruo
acariciaba
su enorme y reluciente
dentadura,
y pensaba
que para su fantástico
apetito,
era cosa sencilla,
en la gran soledad
del infinito,
robarse la tortilla.
Y así fue.

Con garra cautelosa,
el ojo alerta,
atisbador y arisco,
se hurtó la rebanada
apetitosa.
Mas al embate
del primer mordisco,
un millón
de cocuyes luminosos
remontaron el vuelo,
espantados, ligeros,
temblosos,
por el desierto
nocturnal del cielo.
Y el Genio huyó.
Y apareció la luna,
en la celeste playa,
con su mueca burlona,
de aceituna,
como un casco
amarillo de papaya.

EL TRICENTENARIO DE LA MADRE FRANCISCA JOSEFA DEL CASTILLO

Por Jesús E. Mejía, Pbro.

Tunja, la ínclita ciudad que fundara el capitán Gonzalo Suárez Rendón, el 6 de agosto de 1539, precisamente un año después de la erección de Santa Fe de Bogotá por Gonzalo Jiménez de Quesada, fue la cuna de esta ilustre religiosa, pues ahí nació el 6 de octubre de 1671, hace tres siglos. Llamaron sus progenitores Francisco Ventura del Castillo y Toledo, Licenciado, natural de Illescas de Toledo y Doña María De Guevara Niño y Rojas del Castillo, tunjana de ilustre prosapia.

No puede actualmente tomarse copia de su partida de bautismo, porque el libro en que se asentó el acta de su ingreso a la vida cristiana, está deshecho y es imposible leerlo.

Apenas la vida de la gracia se inicia en las almas, Dios concede sus dones y ellas comienzan a gozar de El.

La formación espiritual e intelectual de Francisca Josefa, estuvo a cargo de sus padres; leyó algo de las obras de Santa Teresa de Jesús, los Ejercicios de San Ignacio, la Vida de Santa Magdalena de Pazzis y comedias españolas, que dejaron huella en su alma.

No cabe duda de que Dios anticipó en la futura religiosa —como suele hacerlo con muchísimas almas selectas— las infusiones de la gracia, cuando apenas clareaba la razón; bien lo revelan estas sus palabras: “Decían que aun cuando

Notas

apenas podía andar, me escondía a llorar lágrimas, como pudiera una persona de razón, o como si supiera los males en que había de caer ofendiendo a Nuestro Señor y perdiendo su amistad y gracia. Tuve siempre una grande y como natural inclinación al retiro y soledad, tanto, que desde que me puedo acordar, siempre huía la conversación y compañía, aún de mis padres y hermanos" (Vida Cap. 1^o).

Se cuenta que a la edad de 12 años, cayó en lo que con gracia y sinceridad llamó élla "vida de vanidades y locuras", que, ciertamente, no valen la pena ni perjudican a ningún espíritu.

Como a doncella hermosa, la tentó un poco la vanidad y así lo afirma: "Ya no trataba de otras cosas que de cuidar el cabello, andar bien enderezada, aunque sin intención de cosa particular, sino sólo con aquella vanidad y estimación de mí misma, que me parecía todo el mundo poco para mí; a que ayudaban las vanas alabanzas y adulaciones" (Vida Cap. 1^o).

En 1689, a la edad de 18 años, ingresó al Convento de Santa Clara en Tunja, no sin modo providencial y con costoso esfuerzo.

No era para el mundo una mujer como ésta, dotada por Dios con largueza; escogió el Monasterio de Madres Clarisas, las fundadas por San Francisco de Asís, el Domingo de Ramos de, cuando rodeado el santo de sus frailes en el templo de la Porciúncula de Asís, impuso el hábito religioso, a Santa Clara, hija de los Condes de Sciffi.

Por entero y generosamente se consagró al servicio del Señor y a la propia perfección, hasta llegar, plenamente, a la identificación con Jesucristo, divino modelo de las almas, mediante la intervención del Espíritu Santo y de María, a quienes confió la obra de la santificación de los hombres.

Dentro del claustro prestó notables servicios a la venerable comunidad en varios cargos y oficios; ascendió al de Abadesa en 1717 y luego fue reelegida, merced a sus capacidades y competencias, en los años 1729 y 1738. Plácidamente entregó su bella alma a Dios, en 1742, a la edad de 71 años.

Permitió el Señor que sufriera la incomprensión por parte de algunas de sus compañeras de clausura, imperfectas en virtud, que fueron instrumentos para aquilatar la suya; en veces la llamaban loca, visionaria; le negaban el alimento; pero todo esto le sirvió para practicar generosa y constantemente todas y cada una de las virtudes cristianas, preferencialmente las de la caridad, humildad y sencillez y no fueron parte, esos sinsabores, para abatirse en la vida de unión con Dios, que buscó perennemente.

Leía en el convento su breviario y la Sagrada Escritura; pero especial iluminación del Divino Espíritu, fue sin duda necesaria para que la Madre del Castillo y Guevara, penetrara, conociera y supiera con exactitud, los diversos sentidos y doctrina de la Biblia y el latín, sin la ayuda de profesores y maestros capaces.

Fuerza es confesar que no vivió en la edad de oro de las letras castellanas, sino en las postrimerías del siglo XVII y principios del XVIII, época del gongorismo o culteranismo; mas parece ella, por su estilo, del siglo XVI.

Apenas se enumeran dos obras salidas de su pluma: "Afectos Espirituales" y "Mi Vida", escritas por mandato de su director espiritual; libro, este último, que no nos da informe de toda, sino de la mayor parte de su vida; pero son documentos que señalan auténticamente su parábola vital, desde la cuna, casi hasta su muerte; mas si en verdad dichas obras no son ejemplo, o paradigma de corrección, sí nos cuentan que fue elegante, pura, castiza, rica en comparaciones, voces, giros, afortunada en los símiles, profunda en su intachable doctrina; usó de donaire en las construcciones y sin rival en la transparencia y deliciosa sencillez de estilo.

“Mi Vida”, es su autobiografía, compendiada o sintetizada en 155 capítulos. En los siete primeros nos cuenta su vida en el hogar, sus amistades y conocimientos; en los que siguen hasta el décimo, nos habla de las luces o inspiraciones que le concedió Dios, así como sus experiencias en el claustro; del capítulo undécimo en adelante, narra su vida en el convento, oficios, cargos, dirección espiritual, favores celestiales, luces, las visiones, etc., y así nos damos cuenta de sus progresos en la vida mística.

Los “Afectos Espirituales”, editados en dos volúmenes, son un tejido precioso de expresiones bíblicas, que dicen relación a las diversas perfecciones, o al conocimiento de su propia bajeza e indignidad, obra rica de primores, no sólo en la forma, sí que también en el fondo, llena de muy oportunas y saludables enseñanzas y consejos acertados.

También dejó escritos algunos versos místicos, que dedicó a Jesucristo, a la Santa Eucaristía, a Nuestra Señora la Virgen María, etc.; aparecen publicados al final del tomo II de los “Afectos” y parece que solo escribió unos nueve.

Confiesan sin rodeos y paladinamente, quienes de élla y sus obras se han ocupado —y no son pocos— que su estilo es más bien oratorio, amplio, majestuoso; los períodos están trazados con esmero y maestría; pero pueden anotarse igualmente algunos defectos, como la mezcla del “tú” y del “vos”; repetir una palabra en dos frases inmediatas; un poco anfibológica en el empleo de los pronombres y a veces desaliñada; pero, recordemos —sin hacerle agravio— que su cultura o formación intelectual, no fue extraordinaria; pero su estilo es como su alma, apasionado y vibrante.

Su mística inspiración, podemos decir en resumen, la muestra al través de personal ternura finísima y delicada, plena de abundantes y variadas imágenes. hasta afirmar algún autor que “sus poesías son lo mejor del parnaso colonial”.

La Venerable Madre Francisca Josefa ha merecido, y por cierto con justicia, ser colocada al lado de la ilustre sevillana, Sor Gregoria de Santa Teresa, de la excelente mexicana Son Juana Inés de la Cruz y muy cerca de la eximia doctora de la Iglesia Santa Teresa de Jesús.

En la Venerable Madre que nos ocupa, podemos considerar tres cosas bien distintas entre sí y que se hallan como en élla también en otras personas, o no existen simultáneamente, como sucede con frecuencia y son: 1º La escritora clásica; 2º Su saber místico, o doctrina espiritual; 3º Su virtud y perfección cristiana, o santidad personal, atributos que pueden —como dijimos— adornar indefectiblemente a una persona; o no encontrarse unidos; pues hay escritores magníficos que no conocen la teología mística, ni menos son santos; conocemos grandes autores espirituales, poco modelos, nada castigado su estilo y que no son contados entre los perfectos; se enumeran frecuentemente verdaderos santos, hombres de Dios en quienes la Trinidad Beatísima se complace, pero que ignoran la teología mística y no dejaron tampoco escrito alguno y sabemos de otros que poseen un estilo perfecto, paradigmas del bien decir, consumados en el saber de lo divino y de cuanto a Dios lleva y que vivieron vida de santidad, muchos de los cuales han merecido el honor de los altares: en estos últimos se conjugan plenamente, a cabalidad los tres atributos: escritores magníficos, doctos en teología mística y santos.

La Madre del Castillo tuvo las tres cosas de que hablamos y a perfección pues fue escritora excelsa como hemos dicho; poseedora de abundante, sana y preciosa doctrina espiritual, mística elevada, como que ha sido digna de ser contada entre los que saben de esas vías, de la vida que lleva ante la majestad del Altísimo y fue un alma perfecta, conforme al Corazón de Dios, puesto que, según a-

Notas

firma la historia, y son contestes los que en su loa han escrito, era una religiosa de vida no sólo intachable, sino realmente santa, como que practicó cuanto es preciso y necesario, para llegar a ese estado: se negó a sí misma; tomó la cruz y siguió a Cristo; se transformó en El hasta poder exclamar: “vivo, mas no soy yo quien vive ya, sino que es Cristo quien vive en mí”.

Cumplió a perfección y con la más notoria exactitud los consejos que nos dio el Divino Maestro, en orden a la adquisición de la virtud cristiana: “Sed perfectos como el Padre celestial perfecto es”. “Ejemplo os he dado para que como Yo obré, obréis también vosotros”. “El Espíritu Santo os enseñará toda verdad”.

Recibió y acrecentó admirablemente la gracia santificante; practicó todas las virtudes teologales y morales; fue eminentemente fiel a los dones del Espíritu Santo, quien produjo en su bella alma sus frutos y las bienaventuranzas se hicieron en ella notorias; pues llegó a ser feliz espiritualmente en esta vida y tuvo —como también nosotros lo esperamos— la certeza de serlo eternamente en el cielo, con la posesión de Dios en la luz, el amor y la vida, término feliz y sempiterno; pues “nos hiciste, Señor, para Tí y nuestro corazón no hallará reposo, hasta que descanse en Tí”, como dijera San Agustín, el santo y sabio obispo de Hipona.

Que tuvo notables semejanzas, o semblanzas, con Santa Teresa de Jesús, es imposible negarlo: se hizo un admirable paralelo entre estas dos personas y se probó con sus respectivas vidas, que hay un gran parecido entre estas dos almas, en cuatro etapas diferentes de su terrenal existencia y obras:

1º En su vida en el mundo: iguales en familia; dieron precoces señales de piedad cristiana; afición por la lectura y la clase de ésta; sus inclinaciones, según ellas, un poco mundanas; se decidieron por Cristo en la vida monástica.

2º En la vida religiosa: contemplativas; semejantes los oficios que sirvieron; fervor; sufrimientos; audaces; espirituales ambas; olvidadas de sí mismas; entregadas a Dios, a la perfección de sus espíritus.

3º En relación a la vida mística: ambas contemplativas de alto vuelo; dejaron narradas preciosamente sus vidas; son intérpretes —afortunadas por cierto— de la Biblia; poetisas; padecen por Cristo las amarguras de las noches del sentido y del espíritu, esto es, exteriores e internas; ambas tuvieron la fortuna de vivir en un ambiente propio para ser dirigidas y comprendidas; el convivir con otras religiosas, les produjo a la una y a la otra, penas, y fue causa de dolores, pero también de alegrías.

4º Con respecto al valor literario de las Madres Teresa y Francisca, decimos que ambas tuvieron estilo castigado, elegante, amplitud casi oratoria en sus obras; la exposición de la doctrina, profunda, apasionada, llena de convicción; gozaron de un talento exquisito, dádiva de la Divina Providencia y han tenido con sus obras, grande influjo en las almas.

No es raro, a la verdad, que la raza española ofreciera en estas parcelas colombianas, muestras preciosas de su notable ingenio, muy semejantes, por cierto, a las que había dado en la península y que hoy podemos ufanarnos con sobrada razón, de una escritora mística seguidora convencida y muy aprovechada, de las huellas brillantes de Santa Teresa.

Esto y más aún, fue la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción del Castillo y Guevara; vivió muchos y muy trajinados años; experimentó la

fugacidad asediante de la vida; la punzaron agudas espinas, pero cultivó preciosas y perfumadas rosas del espíritu; mientras iba apresurando el paso hacia la muerte, se obraba su transformación en Cristo; llenó a cabalidad la misión que el Creador le encomendó y su influjo se prolonga por medio de sus escritos: "Desde su tumba nos habla todavía".

"Si conocieras el Don de Dios", decía Jesús a la mujer de Samaria.

Si supiéramos los tesoros que se ocultan sigilosamente en la vida interior de las almas, las abundantes y preciosas riquezas de ese mundo todo divino, en el que bondadosa y ciertamente nos introduce el Don de Dios: el mundo no puede recibir esas santas realidades, ni la sospecha siquiera, porque no ve, ni conoce ese Don de Dios.

Para cuántas almas, pena da decirlo, permanecen ocultas las maravillas del Creador que obra en ellas, con la maternal cooperación de María.

Honremos la memoria de la Venerable Madre del Castillo y Guevara, en el tercer centenario de su nacimiento, saboreando su ciencia, e imitando sus virtudes.

EN EL QUINTO CENTENARIO DEL NATALICIO DE ALBERTO DURERO

Por Remo Branca

En este año ha venido celebrándose la conmemoración del quinto centenario del nacimiento del renombrado artista alemán Alberto Durero, que nació en Nuremberg el 14 de mayo de 1471 y que llegó a formar parte vital de la cultura de su tiempo.

Para iniciar nuestra crónica conmemorativa digamos que Alberto Durero fue hijo de un orfebre. El arte de grabar metales, particularmente armas y corazas de hierro, es antiquísima. De aquí nació otra especialidad: el descubrimiento respecto a que los metales (especialmente el hierro y el cobre) podían ser grabados mediante el uso de ácidos que corroen la superficie metálica. El elemento empleado es el ácido nítrico, llamado comercialmente "aguafuerte". Fue así como el hijo de un orfebre de Nuremberg se convirtió en grabador en el recinto del taller de su padre.

Las gentes cultas saben muchos pormenores de la vida de Alberto Durero. No es difícil reconstruir su biografía. Son muchas las obras que se han escrito sobre él. Nosotros nos vamos a contentar con evocar algunos aspectos de la formación del grabador alemán que, de un momento a otro, se sintió estrecho en el taller del papá y quiso ampliar más las tareas de su artesanato. En el siglo XV se sabía muy bien que había un parentesco muy estrecho entre la ilustración "miniada" de los códigos, la ilustración grabada de los primeros libros, y la pintura. Es así como Alberto Durero aprendió de su padre el arte de la orfebrería, y del pintor Wolgemut recibió la apertura hacia horizontes más amplios en el arte pictórico.

De inmediato se dio cuenta que la escuela artística de Europa por ese entonces estaba constituida por el "renacimiento" italiano, y que los mejores maestros flamencos estaban en Venecia. En las tertulias se decía siempre: "Si quieres ser pintor, vete a ver primero qué han hecho los italianos". Alberto Durero tenía a

la sazón 23 años. Venecia lo fascinó. Ya a fines de 1494 descubrió qué era verdaderamente la pintura.

El drama de su vida fue descubrir en la pintura veneciana esos límites que el arte alemán no logró jamás profundizar. Luego la crítica ha confirmado que, si bien era un pintor excelente, lo de la pintura era el aspecto menor de su talento. Así se expresaba su amigo Mélancthon. De una vez para siempre Durero nos ha revelado que no se puede ser buen grabador si no se es también pintor de buen calibre, mientras que no se puede afirmar lo contrario.

Por aquellos tiempos el arte del grabado era, especialmente en los países nórdicos, un artesanato protegido por las leyes corporativas. Con el difundirse del arte del grabado y con el desarrollo del libro impreso como lo conocemos hoy día, surgió una polémica áspera promovida por los miniaturistas que veían llegar el ocaso de su arte a medida que se abría paso el libro de papel.

Para los legos en estas materias, les explicamos que "xilógrafo" es la persona que dibuja y graba sus propios dibujos. Alberto Durero es un grabador, sobre todo porque es un "acuafortista". Es, pues, fácil confundirse, visitando una exposición como la que se celebró en el Palacio Braschi, que señala como xilografías obras que son cuadros calcados sobre creaciones de Durero, realizados por verdaderos artífices en su especialidad. Y lo hacían con tal pericia que respetaban la originalidad de los artistas que no dudaban confiarles sus reproducciones. El trabajo se realizaba con pequeños cuchillos, muy afilados. Este trabajo se desarrolló también mucho en el Japón. Como es obvio, los incisores no tienen más mérito que el de su artesanato. El verdadero artista es el autor del dibujo o diseño.

Otra cosa muy distinta ocurre con el acuafortista que realiza sus creaciones directamente sobre láminas de metal cubiertas con una delicada capa de cera. La manera como el artífice traza sobre esta tenue cubierta de cera su concepción es lo que constituye el signo y la invención del diseñador, al paso que la grabación tendrá lugar cuando el ácido "muerde" la lámina, justamente allí donde el punzón ha dejado al descubierto la superficie metálica.

Alberto Durero usaba un buril (una punta triangular de acero) para grabar directamente sobre láminas de hierro, pero especialmente de cobre. Solo estableciendo bien estas dos técnicas se puede valorar la creatividad del artista. Es así como podemos apreciar qué diversa expresión asumen las incisiones realizadas por la propia mano en las aguafuertes, en las hechas mediante buril, y las confeccionadas en madera.

Es por esto por lo que la creatividad de Durero se mueve en el marco de dos mundos, de dos modos diversos. Son los mismos temas pero con distintas expresiones gráficas. La famosa incisión —La Melancolía—, que no es la que más gusta, realizada en cobre en el año 1514, no hubiera podido hacerse usando la madera. Con todo y lo bella que es, la complejidad de sus motivos, que todavía sigue acicateando a los psicólogos y a los filósofos para que le dediquen sus exámenes directos sobre un plano que nada tenga qué ver con la mera contemplación estética sino con la discusión del contenido; semejante tema no se adaptaba a la fría expresión del material leñoso.

"La Melancolía" nos deja ver el origen del romanticismo y del decadentismo literario de los alemanes, en quienes todo se complica en los meandros de la psicología y del espiritualismo.

Por lo que hace a las incisiones en madera, debemos distinguir dos categorías: las de inspiración apocalíptica, repletas de imágenes, y las incisiones claras, serenas y llenas de fantasía sobre el Nuevo Testamento.

Describirlas, citarlas? Muy fácil. El todo es verlas. Esas composiciones de paisajes, de pesebres, son una cosa con la gracia compuesta, íntimamente religiosa, que aparece en sus figuras sagradas. En esta unidad reside todo el mundo poético de Alberto Durero, un artista genial que pinta mientras reza. Su mundo fantástico no excluye el comentario sobre ciertos aspectos humanos, amorosos, de la vida, que son relieveados sin crudeza, a veces con ironía. En suma, se halla uno frente a una mentalidad selecta y rica en fantasía, que sabe encontrar todavía hoy contactos con una sociedad de transición como es la nuestra.

EL CENTENARIO DE MARCEL PROUST

Por René Uribe Ferrer

El 10 de julio de 1871 nació en París Marcel Proust. En 1913, cuando ya ha pasado la juventud —una juventud frívola y ociosa— y la enfermedad lo ha obligado a aislarse en su alcoba, publica “Del lado de la casa de Swann”, primera de las siete partes de la extensa novela que habría de ocupar el resto de su vida. Murió en 1922, sin llegar a la vejez, pero destruído por el asma. “A la búsqueda del tiempo perdido”, título general de su obra, sólo terminaría de publicarse en 1927.

A pesar de su extensión desmesurada —más de cuatro mil páginas—; a pesar de la dificultad de su lectura, debida al exceso de morosidad, las ediciones y traducciones han venido multiplicándose. En español hay actualmente tres ediciones distintas en circulación. En francés se han publicado más de dos millones de ejemplares.

No tratándose de un autor ameno ni que haya escrito para grandes masas, las razones de su éxito hay que buscarlas en causas más profundas. Tampoco lo están en el interés que despierten la época, las gentes y las costumbres que le sirven de tema. Porque pinta una época ya abolida en los años en que la obra es editada: la de fines del siglo XIX en París y en los lugares de veraneo de una aristocracia ociosa, cuyo poder estaba desapareciendo, y de una pujante burguesía que la estaba sustituyendo, y dominaría frívola y egoístamente hasta el estallido de la guerra de 1914. Sólo en los volúmenes finales, los bombardeos alemanes sobre la capital francesa parecen anunciar el comienzo de una nueva época. (Léase esa terrible escena de la parte final “El tiempo reencontrado”, en la que un episodio de burdel homosexual coincide con el incendio provocado por un bombardeo aéreo, y evoca la ruina de Sodoma). Pero el autor no piensa en lo que será el futuro, sino que sólo mira hacia ese pasado, muerto para siempre y que la memoria debe perpetuar.

Si nos atenemos únicamente a sus temas, la novela de Proust pertenece íntegramente al siglo XIX. Y está sólo centrada en la pintura de las clases ociosas y dominantes. Y así su interés sería predominantemente histórico.

Pero ocurre que los lectores vieron en ella una obra innovadora, revolucionaria. Y que hoy, cincuenta años después, Proust sigue siendo considerado, con Joyce, Mann y Kafka, como uno de los máximos maestros de este género literario en lo que va del siglo XX.

“A la búsqueda del tiempo perdido”, como todas las máximas creaciones humanas, es la síntesis del sentido cultural de una época. Su visión del tiempo

interior, que coincide con la elaboración de la obra filosófica de Bergson, abre a la producción artística nuevas perspectivas y nuevos caminos, que los escritores posteriores no han agotado. Su exploración de las zonas oscuras del alma, hecha en forma implacablemente lúcida, marcha paralela al descubrimiento de las profundidades del subconciente logrado por Freud y sus discípulos. Su aguda vivencia de la temporalidad, de la fugacidad de la vida humana, prepara el terreno a la filosofía existencial. La intensidad y sutileza de su conciencia estética llevará a la culminación el simbolismo y el impresionismo. Su sentido del amor, tan pesimista y negativo en muchos aspectos, pero también tan dolorosamente real, es el espejo de la crisis moral de la cultura occidental, que ha venido agudizándose después de 1914.

Así entendemos un poco la paradoja de que un autor que socialmente era un reaccionario, un hombre aferrado nostálgicamente al pasado, sea estéticamente un renovador, un explorador y un profeta.

Y, a pesar de ese anacronismo, es uno de los grandes pintores de la naturaleza humana, un buceador del espíritu humano. Porque el hombre, a pesar de los cambios del orden o del desorden social, sigue siendo fundamentalmente el mismo. Y Proust nos pinta al hombre individual, en busca de sí mismo, del sentido de su vida. Y al hombre social, al que busca integrarse con los demás, a través del amor y de la amistad. Para él esas búsquedas terminan casi siempre en fracasos. Pero, a pesar de todo, no es un pesimista integral: para él la vida humana, con todas sus tesoros espirituales, puede salvarse en y por la memoria. Y después de la muerte, por la inmortalidad de la obra de arte.

El arte, entonces, es la suprema creación humana, porque es la perpetuación de su creador. Entendemos así que este pintor de tantos hombres y mujeres superficiales, sea uno de los escritores más profundos y geniales de todos los tiempos. A pesar de sus aberraciones morales y de sus limitaciones intelectuales y vitales.

EL CENTENARIO DE LEONIDAS ANDREIEV

Por Luis Alfonso Ramírez

Nació Leonidas Nicolaevich Andreiev en Orel, el 9 de agosto de 1871. De humilde familia, ascendido, a través de una juventud penosa, en la que también hubo un intento de suicidio por desilusión amorosa, a cierta tranquilidad como periodista y tras de haberse licenciado en derecho a ser émulo de Gorky en popularidad como escritor, no obstante el manifestarse durante algún tiempo en un extraño y desconcertante equilibrio entre las dos corrientes literarias predominantes, la del realismo, con Gorky como máximo exponente y la compleja y confusa del simbolismo.

Su vida fue pobre en acontecimientos que le hubiesen podido dar experiencias psicológicas y artísticas como de las que da muestra en sus personajes, o sea que ellos tienen muy poco de sí mismo: no vivió ni conoció a ninguno de sus crueles muñecos.

Fuera de su penosa juventud y su intento de suicidio ya enumerado, sólo se destacan en su vida la participación junto con Gorky en el grupo maximalista

y las reuniones que organizó en su casa de Petrogrado de adictos a este movimiento revolucionario.

De un pesimismo sombrío casi todas sus obras, en veces repugnan por su agria sensibilidad y la obsesionada desesperación de todos sus personajes. Especialista en describir escenas téticas (sin semejarse en lo más mínimo a las sublimes de Poe), llenas de sensualidad, de muerte y de horror, fue su estilo impresionista, imaginativo, propenso a la alegoría y al símbolo, preciso solamente en la descripción de atrocidades: ejecuciones capitales, asesinatos, suicidios, accesos de erotismo y de locura. Era su estilo al servicio exclusivo de una danza macabra.

La atención del público y de la crítica empezó a concentrarse en sus relatos entre los años 1898 y 1901, cuando publicó la narración "Había una vez" que sigue siendo una de las obras preferidas por el público. Pero verdadera sensación sólo causó en 1902 con "El Abismo", algo excepcional en su trama a pesar de su crudo, cruel e inmoral sabor sexual y en donde quiere demostrar la terrible vitalidad de los instintos adormecidos en el fondo de las almas más puras. De su obra siempre alucinada, esta narración es ciertamente una de sus creaciones más coherentes y más netamente delineadas.

En "Judas Iscariote", publicado en 1907, donde Judas, figura trazada con rasgos violentos, es la inmoralidad total, el concepto trágico de la vida y del mundo propio del autor se desarrolla a todo lo largo del relato.

En "Los siete ahorcados", el pesimismo ofuscante de Andreiev se convierte paradójicamente al final del cuento en un desorbitado canto de fe y de esperanza.

Una fuerte pasión por defender tesis y propagar teorías lo llevó al teatro creando personajes casi siempre abstractos que filosofan sin sentido y en donde ni aún el pesimismo de las conclusiones convence por lo tendencioso siempre de las premisas.

"Anfisa", drama estrenado en 1909, es talvez el más famoso y fue el que hizo conocer más ampliamente su teatro en los escenarios europeos. Pertenece al grupo de los dramas realistas y psicológicos, no sin un vago simbolismo. Pero sin lugar a dudas el drama más conocido de Andreiev, entre otras cosas por haber sido llevado al cine en varias ocasiones, es "El que recibe las bofetadas". Hay en él un simbolismo mejor equilibrado con la realidad y alcanza una poesía más inmediata. A pesar de que cada personaje tiende a representar un tipo universal, mantiene una personalidad propia. El tema, demasiado común, el de la triste vida interior de los payasos, se ve aquí agravado por un verdadero complejo masoquista, cosa que sí sorprende, pues cuando fue escrito nadie había hablado de tal aberración y Andreiev casi hace una definición perfecta de ella con su payaso protagonista.

Otras narraciones interesantes de Andreiev son *Sashka Zegulev*, *El muro*, *El silencio*, *Risa loca* y *Tinieblas*. Y entre sus dramas *Anatema*, *La vida del hombre*, *Máscaras negras*, *Savva*, *Los días de nuestra vida*, *Océano* y *El Profesor Storzyn*.

En definitiva, este escritor que cumple cien años de nacido, tenía talento, buena dosis de maestría y gran habilidad para valorizar posiciones extremas, crudas y crueles.

En 1917 se separó del bolcheviquismo retirándose a Finlandia en donde murió el 12 de septiembre de 1919 en la miseria más absoluta y completamente olvidado de sus camaradas revolucionarios.

EL CENTENARIO DE JOSE ENRIQUE RODO

Por David Mejía Velilla

Tenemos para Rodó el mejor recuerdo. Porque de todo lo que se escribió en la Vieja Literatura, nos quedamos con *Ariel*, el *Breviario de la Juventud Americana*; con la sembranza rodiana de Bolívar; y con los *Motivos de Proteo*.

Este escritor uruguayo —¡oriental!— es el legítimo pensador americano, el más alto poeta de la prosa. Si la Vieja Literatura Americana tiene un alma (y que la tiene, medio ciega, medio niña, en formación; pero fuerte, pero limpia, con un porvenir luminoso), esa alma, por conveniencia del propio cuerpo, no podrá ser otra que la obra de Rodó, que su hermoso espíritu poblado de soledades paganas, poblado de nostalgias de cristianismo.

Personalmente el buen Rodó nunca llegó a acercarse a la vida cristiana en sus totales consecuencias. Entre otras cosas, porque nunca su vida se desenvolvió en ambientes cristianos. Pero fue tan noble y tan sincera su “vocación a la verdad”, que ni sus primeros “fomadores” paganos y anticristianos; ni alguien entre sus colegas, jacobinos de la antigua secta; ni el coro de sus “mecenas” y de sus “discípulos”, que le pedían “pasto de racionalismo” para “robustecer la majada de la nueva América”; ni éstos ni aquéllos, digo, fueron eficaces hasta desviar el valeroso espíritu de Rodó que buscaba noche y día la lumbre de la verdad, el servicio generoso que aprovechase en su propreso espiritual a la juventud americana.

El solo, debatiéndose entre obstáculos de malvados, entre obstáculos de mediocres; engañándose casi habitualmente como un niño en un arsenal o en una biblioteca... El solo desenmascaraba insinceridades, descubría verdades como lámparas, defendía la justicia, amaba y proclamaba el bien a su alcance, escribía con el rigor de la buena fe y con la suavidad y la poesía de los más nobles amores.

De semejante padre nació *Ariel*, el *Breviario de la Juventud Americana*. Y *Ariel* es el libro por excelencia de Rodó, árbol más distinguido en este viejo y clivado bosque de la literatura nuestra.

Con suma alacridad anduvo siempre Rodó al encuentro de los grandes ideales, a la edificación total de los espíritus jóvenes. ¡Se daba Rodó! Se daba a las almas nobles y a las nobles empresas. Si algo persiste a través de todas sus obras, es ese afán por arrancar la maleza que ahoga las buenas disposiciones naturales de los hombres; y ese afán por sembrar en tierra bien dispuesta la semilla de su siembra; amor a la vida, amor a la virtud, fé alegre en el destino humano... “Por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de vida, debe velar, en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. *Hay una profesión universal que es la del hombre...* Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser. No os encojáis de hombros delante de una noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana...” (*Ariel*).

Por eso, junto a la muerte de José Enrique Rodó, Antonio Gómez Restrepo había escrito que la evolución de su obra hacia la cumbre del ideal espi-

ritualista “quizá algún día se habría coronado con una afirmación plenamente cristiana”.

Rodó se acercó no poco a lo que él ingenuamente llamaba *la idea cristiana*: “Las prendas del espíritu joven —el entusiasmo y la esperanza—, corresponden a la armonía de la historia y de la naturaleza, al movimiento y a la luz. A dondequiera que volváis los ojos, las encontraréis como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y hermosas. Levantálos al ejemplo más alto: —La idea cristiana, sobre la que aún se hace pasar la acusación de haber entristecido la tierra proscribiendo la alegría del paganismo, es una inspiración esencialmente juvenil mientras no se aleja de su cuna. El cristianismo naciente es... un cuadro de juventud inmarcesible. De juventud de alma, o lo que es lo mismo, de un vivo sueño, de gracia, de candor, se compone el aroma divino que flota sobre las lentas jornadas del Maestro a través de los campos de Galilea; sobre sus prédicas... junto a un lago celeste; en los valles abrumados de frutos; escuchadas por las aves del cielo y los lirios de los campos, con que se adornan las parábolas; propagando la alegría del reino de Dios sobre una dulce sonrisa de la Naturaleza... Cuando Jesús habla de los que a El le siguen, los compara a los paraninfos de un cortejo de bodas. Y es la impresión de aquel divino contento la que incorporándose a la esencia de la nueva fe, se siente persistir a través de la Odisea de los Evangelistas; la que derrama en el espíritu de las primeras comunidades cristianas su felicidad cancherosa, su ingenua alegría de vivir; y la que, al llegar a Roma con los ignorados cristianos del Trastévere, les abre fácil paso en los corazones; porque ellos triunfaron oponiendo el encanto de su juventud interior a la severidad de los estóicos y a la decrepitud de los mundanos... Sed, pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos...” (Ariel).

Rodó nació en Montevideo en el año de 1871, y murió en Sicilia, Italia, en 1917. Fundó la “Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales”. Fue catedrático de literatura en la Universidad de Montevideo; Director de la Biblioteca Nacional, miembro del Congreso Nacional, gran orador parlamentario; durante la primera guerra mundial tuvo la corresponsalía, en Europa, de la revista argentina “Caras y Caretas”.

Así juzga a Rodó el escritor Sains de Robles: “En Rodó se integran plenamente el hombre de pensamiento y el poeta. Poseyó una cultura máxima, bien asimilada, sutilísimo sentido crítico, maravillosa fuerza de expresión, sugestividad de ideales, hondura de pensamiento fecundo. Rodó es el más alto espíritu del Uruguay y uno de los primeros de toda la América. Maestro de maestros, con grandeza moral, anhelos de belleza artística y siempre expedito para las empresas más excelsas de la inteligencia y del corazón. Hizo total dedicación de su vida a las ansias de mayor y mejor perfección, moral y artística; a la armonía helénica en el pensar, obrar y decir, a un renovarse continuo y sin término.

“Rodó fue de los primeros que advirtió la amenaza de hegemonía americana que llegaba de los Estados Unidos, y exaltó con demasía el idealismo de Ariel (la América Latina) para oponerlo al materialismo de Calibán (la América Sajona).

“No fue Rodó, en nuestra opinión, un pensador genial. Para serlo le faltaron profundidad, originalidad de temas y fijación de un sistema. Fue un altísimo espíritu inquieto, al que bazuquearon muchos y muy diversos problemas, muchas y muy distintas emociones. Preciso poco. Insinuó mucho. Estimuló con ahinco, pero no señaló con decisión y con entusiasmo concreto un camino.

“Gran prosista Rodó. Con tersura, con diafanidad, con naturalidad, forjó su castellano. A nuestro entender, Rodó es un magnífico ensayista, un elegante escoliasta de problemas espirituales, como Ortega y Gasset, que tampoco es filósofo ni creador, y que también escribe con maestría insuperable en su prosa maravillosa”.

Sin intentar describir directamente la acción constante de la Providencia de Dios sobre los hombres, tal como aparece conocida y enseñada por la Sagrada Teología, Rodó, al hacer la síntesis final de *Ariel*, comprendió tan maravillosamente aquel misterio, y lo describió con tan hermosas claridades, que es difícil encontrar entre los más altos poetas del pensamiento un refrigerio mayor para la inteligencia y para el corazón: “Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador”.

JULIEN GREEN, SUCESOR DE MAURIAC EN LA ACADEMIA FRANCESA

Por Gennaro Auletta

Julien Green, novelista y católico, recientemente recibido entre los “Inmortales” de Francia para ocupar el sitio vacante dejado por Francois Mauriac, es ciudadano americano y escritor francés al mismo tiempo. Nació en París el 6 de septiembre de 1900 y escogió a Francia como tierra de elección. “No podría vivir en un mundo en donde Francia no existiera”, escribió una vez. “Qué honor es ser francés”, exclamó otra ocasión, “porque siempre hay una Francia para amar!”. Sin embargo, por las raíces de su alma se ha sentido siempre ligado al sur de los Estados Unidos en donde sus padres (uno era oriundo de Virginia, y la madre de Georgia) se habían expatriado allá por el año 1893. “Bajo mis ojos tenía la patria de mi madre... Y reconocí su imagen de inmediato. En contados segundos lo comprendí todo. Y hasta qué punto me sintiera ligado a Francia me di cuenta, por otra parte, porque no tenía otro origen que la tierra en donde ahora me encontraba...”.

A los 16 años pasó del protestantismo a la religión católica; a los 17 años se alistó en las filas de la Cruz Roja americana; a los 19 se matriculó en la Universidad de Charletteville en Virginia. En 1922 regresa a París y dos años más tarde publica bajo el seudónimo de Théophile Delaporte el “Pamphlet contre les catholiques de France”, en el que Jacques Maritain admira “la dureza de aquellos bellos contornos pascalianos que contienen un no sé qué de angustia”. En realidad de verdad, en esa su primera y explosiva obra, mas que vérselas con sus correligionarios aburguesados y mundanos, Julien Green las emprende consigo mismo. “Si alguna vez una autobiografía salió de mis manos, fue justamente este pequeño libro. Estaba furioso al descubrir que no era un santo. Demasiadas cosas hervían dentro de mi ser. Demasiados deseos me alarmaban por su violencia. Ciertamente no me creía un perdido pero creía perdido el catolicismo incierto que yo colmaba de improperios y que se me parecía a un hermano mío. Le hablaba del infierno pero para traerlo al buen camino”.

Notas

En 1926 apareció su primera novela titulada "Mont Cinere", que Georges Bermanos saludó con entusiasmo: "Animo Green, tu libro es bueno. El romántico acusaba al universo para justificar al hombre. Pero el hombre es un caído...". Vienen después otras obras: "Adriana Mesurat" (1927), "Leviathan" (1929), "Epaves" (1932), "Le visionaire" (1934), "Minuit" (1936), "Varouna" (1940), "Si j'étais vous" (1947), "Moirra" (1950), "Le malfaiteur" (1956), "Chaque homme dans sa nuit" (1960). Fuera de estas obras, Julien Green viene publicando desde 1938 su "Diario", y desde 1963 su autobiografía "Partir avant le jour", "Mille chemius ouverts" y "Terre lointaine".

Entre las novelas, por una parte, y el "Diario" y la "Autobiografía", por otra, hay una aparente diversidad de visión. Leyendo sus escritos, algunos de los lectores sospechan que el creyente Julien Green no está de acuerdo con el novelista Green. En otras palabras, que el novelista Green mira la vida y los hombres con los ojos que no son los de un católico. Y él mismo reconoce esta diferencia pero sin lograr explicársela. "Un tal viene a hacerme una visita y me dice que no comprende la diferencia que existe entre mis novelas y mi "Diario". Le respondo que ni siquiera yo lo entiendo. Mi interlocutor me mira sorprendido. Ciertamente no sé de dónde fluyen mis novelas ni de qué fondo misterioso broten...".

En realidad de verdad, los personajes greenianos pertenecen a un universo maléfico dominado por las fuerzas de la carne, por la violencia, por el pecado y por la muerte. "Son —escribía Giullioti en el prefacio de su traducción del "Pamphlet"—, almas opacas, bajas, áridas, contristadas y sofocadas por egoísmos feroces, o desvastadas por pasiones cerradas, crecientes, explosivas y desembocantes en la locura... Van pasando bajo los ojos dentro de una atmósfera mortiferantemente irreligiosa, que quita la respiración...". Los personajes greenianos son ciertamente seres desterrados en un mundo vacío. Parecen como ligados a un hado triste, sin posibilidad de liberación.

A quienes le han criticado esta insistencia en personajes terriblemente negros, mustios y presa del mal, Green ha respondido: "Una novela no es un manual de moral sino una especie de espejo en el que vemos reflejada la vida. Y si lo que yo veo es trágico, acaso no es así la historia de la humanidad en todas sus páginas, inclusive la vida cotidiana?".

"Con qué materia se hace una novela sino con el mal y con el bien? Se necesita el tono negro para que haya contraste. Y si se suprime éste, qué queda entonces? Alguno me dirá que obrar así es asumir un riesgo. Pues bien, yo tomo ese riesgo. Esa es mi vocación". Y cuando algunos lectores le han enrostrado por el hecho de no hacer "novela católica", les ha respondido así: "Jacques Maritain ha sostenido siempre que mis libros son de una persona que vive en el plano místico (entendido de manera amplia), y yo creo que efectivamente mis libros rezuman una inquietud profunda, tal como un hombre irreligioso no habría saboreado jamás. No trato de hacer novelas católicas con mis libros. Esto me horrorizaría. Pero honradamente creo que todos mis libros, por alejados que puedan aparecer de la religiosidad ordinaria y habitual, no son por eso mismo menos religiosos en su esencia. La angustia y la soledad de los personajes se reducen siempre a aquello que yo creo haber llamado el espanto de estar en medio del mundo".

Y qué cosa es para Green este espanto de estar en el mundo si no la situación del hombre caído, esa prepotencia del mal que bulle dentro de nosotros todos, haciéndonos a cada paso víctimas de toda clase de deseos carnales y vol-

viéndonos trágica e insoportable la vida? “No sabemos —afirma Julien Green— qué clase de dique abatimos cuando cedemos a las tentaciones porque el pecado es de por sí mismo un mundo con todos sus detalles. Es como una invención de la muerte. No se sabe jamás todo lo que se ha perdido; la extensión del desastre solo se podrá medir en el día del juicio final...”.

El hombre bajo la capa de pecado; el hombre enredado en la red que su mismo mal ha creado para él; el hombre con sus anhelos profundos de liberación, sofocados y siempre en actitud de búsqueda, sin saberlo, de un Dios, he aquí el tema de las novelas de Julien Green. Dios no aparece en sus páginas. Sin embargo, palpita en cada una de ellas. Es, ni más ni menos, ese Invisible testimoniado por lo visible del hombre. “Dios se escapa a nuestro pensamiento miserable. Cuando nos dirigimos a El no conocemos jamás la naturaleza precisa de nuestra acción, ni lo que ella determina dentro del Invisible”. La tarea de Green el novelista es quitar, levantar al menos el velo negro del mal que esconde la verdadera figura del hombre: “Todos mis libros no pretenden otra cosa que levantar este velo negro para poner al desnudo el rostro que sería en definitiva, el sentido de la vida que se escapa a cada uno de nosotros. El velo es negro, pero el rostro tiene todavía y siempre su belleza nativa, que es una luz reflejada de una gran patria olvidada, de una felicidad perdida y vuelta a desear: Es menester amar la gran patria ignota que nos llama desde el mismo día en que abrimos nuestros ojos sobre los horizontes de esta tierra; es menester creer que más allá de los sombras brilla una luz que el lenguaje humano no logra describir. El Eterno es feliz y el Eterno está en lo más íntimo de cada uno de nosotros”.

Como aquel personaje de “Cada uno en su noche”, todos nosotros, sumergidos en las cosas terrenales, caminamos en la noche hacia la luz, hacia el Absoluto, y caemos más o menos al despuntar la aurora; sin embargo, no obstante nuestras dificultades, nuestras vacilaciones y nuestras caídas, marchamos al encuentro de la paz en medio de una sofocante oscuridad. Al final vendrá un día —como dice la Escritura— cuando Dios enjugará todas las lágrimas... Ciertamente no sabemos cómo sucederá nuestra salvación. Nuestra vida aparece como una novela cuyo título no alcanzamos a encontrar. Pero Dios se encarga de hallar ese título. “La salvación es para todos. Cada cual va al encuentro de ella porque a todos les ha sido dada esta gracia en Cristo. Todos la necesitamos, todos llevamos por dentro esa esperanza inconsciente y secreta...”.

Revelar el sentido que la vida tiene para cada cual es lo que se nos **escapa**. Sacar al desnudo ese sentido de en medio del lodazal que todo lo vuelve tenebroso, y tenebrosos a nosotros mismos, he aquí el testimonio que el novelista Julien Green ha querido dar en su calidad de hombre creyente. Sin lugar a dudas, las páginas de su “Diario” y las de su “Autobiografía”, son luminosas. En ellas vibra sin sombras su fe católica. Acaso la luz no resplandece más así entre las sombras, como ocurre en las tonalidades de la pintura caravaggiesca?

Precisamente, la originalidad de Julien Green está en esta violencia de contrastes de tinieblas y de luz. Lo ha hecho notar uno de sus más atentos críticos: “Decirlo todo, pero a media voz y con el tono justo, con una sinceridad sin provocaciones y sin compromisos: ser presa de una tormentosa sensualidad que luego es superada por las exigencias del alma; explorar los abismos más profundos del hombre pero sin alterar una visión que, como observa Maritain, pasa a través del cristal del corazón; escribir himnos a la noche, a la noche favorable, y cantar al mismo tiempo esa obra maestra del mundo visible que Milton llamara “el divino rostro humano”: conservar la infancia, y con ella el sentido del mis-

terio, sin alimentar ninguna ilusión sobre la bajeza de los hombres de bien y de los pícaros; inventariar el abismo y sentir la desesperación de la nada universal para encontrar allí, una prueba suplementaria de la existencia de Dios... Jamás acabaremos de enumerar los acordes disonantes que caracterizan la obra de Green, una construcción que no tiene grietas todavía. La fuerza poética es justamente lo que le confiere el secreto de su profunda unidad”.

Esto y no otra cosa era lo que queríamos hacer notar a nuestros lectores sobre los escritos de Julien Green. No ha escrito ni ha querido jamás escribir ese tipo llamado de novela católica. Sin embargo, con ese su potentísimo arte de novelista es “testimonio del Invisible”; permite entrever la luz hacia la cual todo hombre camina en su noche vivencial.

TEXTOS DE LOS GRANDES FILOSOFOS DE LA EDAD ANTIGUA

R. Verneaux ha realizado para la Editorial Herder una selección esquemática de textos de grandes filósofos antiguos, que permite —en esta apresurada época de ahora— aventurarse someramente por el pensamiento de los autores antiguos en busca de una proyección inteligente de los tiempos pasados.

Allí figuran: Heráclito el de Efeso, perteneciente a la escuela jonia y para quien el fuego era el elemento primitivo de la materia sometido a un cambio perpetuo. Parménides el grande de Elea. Platón el inolvidable autor de los “Diálogos”, cuya filosofía es la más elevada expresión del idealismo. Aristóteles, el estagirita, que fundó la Escuela Peripatética y es sin duda la personificación del espíritu filosófico y científico antiguo. Epicuro el de Samos, que afirmaba que el placer es el fin supremo del hombre y que todo debe tender a conseguirle, pero no en los sentidos sino en el cultivo del espíritu y la práctica de la virtud. Epicteto el de Hierópolis. Sexto Empírico, el filósofo y astrónomo de Metilene, quien es el historiador más imparcial de la filosofía griega. Y finalmente Plotino, quien enseñó una doctrina basada en la unión del alma con Dios mediante el éxtasis y la contemplación.

Este es el tomo 12 de los 15 que constituyen el Curso de Filosofía Tomista de la Editorial Herder. Cuatro de ellos (8-11), están dedicados a la historia de la filosofía y tienen como complemento indispensable los cuatro últimos de la serie (12-15), que constituyen una selecta antología de textos filosóficos, un excelente medio para introducirse en el conocimiento directo de los grandes clásicos del pensamiento.

De los propósitos de la Editorial Herder al realizar estas antologías del pensamiento filosófico antiguo nos dice el compilador acertadamente: “El conocimiento de la historia de la filosofía universal es complemento obligado del estudio de la filosofía. La filosofía tomista no tiene nada que temer de su confrontación con el pensamiento de las demás escuelas”.

El tomo que glosamos brevemente no desdice en nada, ni por la presentación, ni por el contenido tan acertadamente seleccionado, de los demás tomos que constituyen tan excelente colección de filosofía.

MONSEÑOR MIGUEL ANGEL BUILES, LA IGLESIA MISIONERA

Por José Mejía y Mejía

El Excelentísimo Señor Miguel Angel Builes, obispo de Santa Rosa de Ocosos, fue en Colombia la Iglesia misionera, por cierto que sobre jurisdicciones geográficas inhospitalarias, y sobre territorios de almas abruptas, ariscas y primarias como los suelos más remotos de una Antioquia aún no descubierta totalmente, de una inmensa patria que desconocemos.

Se le juzgó en otros tiempos un sectario y fanático en sus combates episcopales para defender elementales principios cristianos de moralidad, de orden ético en la sociedad, en la familia, en el Estado, en las relaciones del gobierno con los asociados, con los ciudadanos y con todas las clases sociales y económicas que edifican una nación. Pero ciertos anticlericales e irreligiosos —que dardearon a Monseñor Builes con acerbia y rudezas literarias—, no caían propiamente en la cuenta de que es tan intolerante el que mata a un rey, como el que se hace matar por un monarca. Tal vez fue Bernard Shaw el autor de tan perspicua observación, aunque Don Miguel de Unamuno —en un estupendo ensayo dedicado al pensador católico Ramiro de Maeztu, mártir de la guerra civil española—, igualmente había establecido que “la más odiosa de las tiranías es para mí la de las ideas. No hay “cracia” que aborrezca más que la ideocracia, que trae consigo, como obligada secuela, la ideofobia”. Cuando los estudiantes comunistas reclaman cátedra libre en nuestros claustros universitarios —oficiales o particulares—, no es para que todos los profesores y alumnos expongan su pensamiento, sus ideas, sus convicciones. Es para que esa “cátedra libre” sea acaparada y monopolizada por los mozalbetes filosoviéticos, por los agentes criptocomunistas apoderados o instalados a sus anchas en las aulas de la enseñanza superior.

Monseñor Builes fue tachado por sus adversarios doctrinales como un heraldo anacrónico de Cristo, como un líder extemporáneo y trasnochado de la Iglesia moderna. Pero la heroicidad cristiana no consiste en pactar —o en contemporar—, con los enemigos de Dios, algunos solapados, otros vergonzantes, esotros francos, sino en hablar idiomas directos que comprendan todas las gentes, porque está escrito desde tiempos esfumados que es más útil una verdad amarga, que una mentira azucarada o dulzarrona. Un sabio clásico peninsular estimaba que “las raíces de la verdad son amargas, pero sus frutos son suavísimos”. Así se destacó posteriormente su épica labor catequizadora.

No fue Monseñor Builes ajeno a los cambios sociales y a las mutaciones económicas que reclaman las clases obreras, las clases asalariadas —de las ciudades y de los campos—, los desposeídos de bienes de fortuna o terreno. Sus últimos documentos episcopales interpretan no solo el clamor y la queja de los débiles, sino las más claras, enfáticas y categóricas admoniciones de la Iglesia para fundar un orden humano en Cristo, con una profunda esencia evangélica. Fue un Pastor ejemplar de la Iglesia, cuya existencia apostólica meritísima será mejor estimada, valorada y pesada después de su muerte, que habrá de agigantar los atributos, virtudes y esmaltes de una personalidad excepcional en el servicio a Cristo.

“El capitán espiritual —escribió Tomás Carlyle—, cuando los caminos llegan a ser duros, llenos de lucha, confusión y peligro, resulta ser más notable que otro alguno. Es un creyente en la divina verdad de las cosas. Es el sacerdote guerrero que guía a su pueblo, no a una labor quieta y confiada, como en tiempos pacíficos, sino a confiada y valerosa lucha, en tiempos de confusión”.